

# **LA MUJER**

**RAÚL PINO-ICHAZO TERRAZAS**

**LA PAZ - BOLIVIA  
2016**

## **La mujer**

**Autor:** Raúl Pino-Ichazo Terrazas  
Doctor Honoris Causa

Segunda Edición

---

Depósito Legal N° 4-1-3714-15

ISBN: 978-99974-829-3-8

### **Diseño Editorial**

SAGACOM

sagacom@hotmail.com

### **Impresión**

SEVEDIGITAL

Tel/fax: 2786914

Impreso en Bolivia/ Printed in Bolivia

Impresión Ecológica

---

© Derechos Reservados

Prohibida la reproducción total o parcial

La Paz – Bolivia 2016

# Prólogo

**Julio Ríos Calderón\***

La flor de la kantuta es la flor de Bolivia. Roja como sangre, amarilla como el sol y verde como la esperanza. Tiene en su origen, sangre, color de labios de mujer, beso de amor.

La mujer era parte del patrimonio familiar y se transmitía por herencia, pero no porque se la consideraba "una cosa", sino porque era ella el principio fundamental de la familia. No en vano entre sus ancestros estaban Manco Kapac y Mama Ocllo que fundaron el Imperio en su calidad de enviados divinos, hijos ambos con igual grado de dignidad, del Dios Sol. Caso único, éste, que presenta un enviado divino del sexo femenino y que demuestra el alto grado de prestigio que ha debido gozar la mujer en las antiguas civilizaciones andinas.

---

Raúl Pino-Ichazo Terrazas -estudioso de la disciplina del derecho y estudioso de la intimidad de nuestros problemas, nos sorprende con una obra importante y trascendental que él resume en un nombre: La Mujer. Esa mujer, madre (a quien le debemos veneración definitiva), esposa (a quien le debemos un amor profundo y respetuoso), o hija (a quien cuidamos con bondad y ternura). Esa mujer, que llora cuando la vida nos amarga, y goza y canta cuando la existencia nos sonríe.

La norma constitucional refiere que todo ser humano tiene personalidad y capacidad jurídicas, con arreglo a las leyes. Goza de los derechos, libertades y garantías reconocidos por esta Constitución, sin distinción de raza, sexo, idioma, religión, opinión política o de otra índole, origen, condición económica o social, u otra cualquiera.

En esta realidad, el autor da cuenta de la existencia de "una serie de impedimentos de orden psicológico, heredados socialmente, sin duda atrabiliarios, que influyen en la calidad y honestidad en la relación del hombre con la mujer".

El machismo es una falsa pose para ocultar la inseguridad del hombre. Ser hombre es ser Hombre, no simplemente macho. ¿Si no se es Hombre, hay que ser macho? No. Ser "macho" es un sustituto de inferior calidad que la mujer no admira. El machismo -se lo ha expresado muchas veces-, no es más que la falta de seguridad en el hombre. En la medida que éste se supere, la mujer se verá favorecida. Un hombre liberado e inteligente jamás se incomodará por el ascenso femenino. Al contrario lo alienta. Aunque diferente, el machismo bien puede compararse al feminismo beligerante, como actitud poco abierta entre dos sexos.

"La posibilidad de un total cambio en relación a los derechos e igualdad de la mujer, aún no termina de germinar por causa de la dialéctica que utiliza el hombre, cargada de propuestas inanimadas para preservar su dominio", puntualiza el autor.

La mujer latinoamericana quiere una mayor participación en la vida social, cultural y política del país, no como rival del hombre sino como complemento de él. Quiere ser tomada en cuenta como capital humano que pueda intervenir en el desarrollo del país. Pero la mujer no quiere perder sus atributos de feminidad, quiere seguir sintiéndose protegida, amada y admirada por el hombre, por sus cualidades innatas, por su sensibilidad.

"Lo mejor es oír la voz inconfundible de la conciencia que exige igualdad y, para mantenerse en ese camino, es deseable no dejarse perturbar por la sociedad y las instituciones sin evolución", dice Pino-Ichazo. En efecto, la mujer desea mayor participación en niveles de jerarquía para transformar la sociedad que la rodea; para hacerla más humana y solidaria. Le interesa la posibilidad de poder dar su aporte para solucionar problemas comunes a todos los pueblos del continente y que tienen que ver con el futuro de las mayorías. Ayer luchaba por principios y leyes que se han ido plasmando. Hoy le queda la parte más dura: ponerlos en práctica.

"En el hogar, la mujer es extremadamente intuitiva para preservar la intimidad de su hogar, no desvela fácilmente el escenario de su vida, protege la imagen de sus progenitores y si existen realidades que puedan desestabilizar la evolución de lo cotidiano, lo guarda a siete llaves y se constituye en el elemento indispensable para conciliar y desactivar extremas posiciones", agrega.

El universo está regido por dos polos cuyas acciones se complementan. El matrimonio es la unión de los dos elementos naturales y espirituales que hacen posible la realización de la vida armónica. Es un juego divino que realiza el hombre en la tierra. Cuando decimos ser humano, estamos diciendo hombre y mujer. Lo masculino y lo femenino, rigen unidos, en la vida. Así el matrimonio resulta ser un sagrado deber, y no una simple institución civil o un contrato comercial.

¿Qué quiere la mujer de hoy y como han variado sus intereses en los últimos años? Ahora hay otros medios, otras oportunidades. La mujer las busca, las quiere porque no está satisfecha con un mundo conducido por el "sexo fuerte", tan vanidoso, tan egoísta, tan débil y ambicioso por valores transitorios. La mujer quiere valores eternos, siquiera relativamente permanentes. Por eso tiene que ser el hombre el que vuelva a conquistar el reino que la civilización le va quitando, su reino de espíritu y de justicia, y que sea la mujer la que le ayude a convertirse en un ser tranquilo y tierno.

En esta realidad, el autor explica: "En toda esta evolución la mujer nunca actúa torpemente ni corta abruptamente el momento; habla, comunica y aclara su actitud; lo que sucede que, en una circunstancia de pasión desbordada, el hombre no escucha, se descontrola, es vencido por su vanidad y machismo".

Adela Zamudio tenía la excepcional virtud de no callar sus convicciones: "¡Oh mortal privilegiado/ Que de perfecto y cabal/ gozas seguro renombre!/ En todo caso, para esto,/ te ha bastado/ Nacer hombre", resuena el eco de la poetisa, quien en más de una oportunidad polemizó con autoridades de diferente instancia, y hasta la tumba, la acompañó su fama de "libre pensadora", aunque en sus últimos años vivió rodeada del afecto y la admiración de los círculos intelectuales del país.

Mafalda –el personaje animado por el humor de Quino–, imagina a la mujer trabajando en duras responsabilidades caceras (cosiendo, limpiando el piso, secando la ropa). Mafalda habla: "Claro... lo malo es que la mujer en vez de jugar un papel, ha jugado un trapo en la historia de la humanidad".

Gandhi mientras luchaba contra los británicos decía que la revolución más grande es la que cambia a las mujeres y su sistema de vida. "No se puede hacer la revolución sin las mujeres, Quizás son físicamente más débiles pero moralmente tienen una fuerza cien veces más grande. Si pudiera hacer el ejército de la libertad únicamente con ellas, estoy seguro que vencería la guerra en un año".

Raúl Pino-Ichazo, con pensamiento observador y discernimiento esclarecedor, imprime en este libro 37 capítulos vertidos con uniforme ordenación expositiva y equilibrado análisis que vuelca con interés y pertinaz voluntad. El autor ensaya según su personal observación acuciosa, una aproximación a la realidad actual de la mujer, la discriminación, la capacidad, la belleza, el intelecto con bases jurídicas que colaboran a desentrañar diferentes acontecimientos que él los escribe con atinado criterio interpretativo.

Más allá de toda coyuntura, refiriendo ahora los acontecimientos puntuales que narra el autor, coincidimos sin duda de ninguna clase que es La Mujer el ser excepcional que viene abriéndose paso, a veces dolorosamente, desde el fondo de la Historia, pero que ya ganó en buena ley su lugar al sol.

# Índice

Capítulo 1	
Aproximación a la realidad actual .....	11
Capítulo 2	
Discriminación .....	13
Capítulo 3	
Capacidad de la mujer .....	15
Capítulo 4	
Belleza de la mujer .....	17
Capítulo 5	
Profundidad intelectual .....	19
Capítulo 6	
Lenguaje corporal .....	23
Capítulo 7	
Equiparación de gestión .....	25
Capítulo 8	
Adopción de la madurez .....	27
Capítulo 9	
Naturaleza intrínseca .....	31
Capítulo 10	
Vida íntima .....	33
Capítulo 11	
Delicada feminidad.....	35

Capítulo 12	
Reconocimiento jurídico.....	37
Capítulo 13	
Sociedades machistas .....	39
Capítulo 14	
Enmohecimiento el sentimiento .....	43
Capítulo 15	
Ausencia del detalle .....	45
Capítulo 16	
Mutación incompleta .....	47
Capítulo 17	
Celos .....	49
Capítulo 18	
Clamor de igualdad plena .....	53
Capítulo 19	
Espacio propio .....	57
Capítulo 20	
Rango de los enemigos de la mujer .....	59
Capítulo 21	
Lucha ineludible .....	63
Capítulo 22	
Rémora cómplice .....	67
Capítulo 23	
Producción literaria .....	69

Capítulo 24	
Suficiencia fisiológica .....	71
Capítulo 25	
Relación de privilegio .....	73
Capítulo 26	
Entorno de influencia .....	75
Capítulo 27	
Chapuzas en las leyes .....	77
Capítulo 28	
Confrontación estéril e historia .....	81
Capítulo 29	
Posibilidad de grandeza .....	87
Capítulo 30	
Objetivos justos .....	91
Capítulo 31	
Consistencia de principios .....	93
Capítulo 32	
Entumecimiento de la política .....	95
Capítulo 33	
Simplicidad y éxito .....	99
Capítulo 34	
Perfecta ubicuidad de la mujer .....	103
Capítulo 35	
Expectativas ciertas .....	107

Capítulo 36	
Estrategia inteligente .....	111
Capítulo 37	
Esperanza cierta y restauradora .....	115

## Capítulo 1

# Aproximación a la realidad actual

La estructura de la humanidad siempre situó prevalencias entre el hombre y la mujer. El desarrollo de las sociedades ha mantenido, unas veces con gran acentuación y otras con carácter reivindicativo para la mujer, esta diferencia. Esta diferencia es la que se mantiene actualmente por la negativa subjetiva, no declarada, de la presunta superioridad de los hombres.

A través de la historia observamos que la postura primitiva no ha sido superada, a tal punto que pueda concluirse en una igualdad plena entre mujeres y hombres. Esta situación aún no se define, pues no se presenta una clara y reconocida igualdad para la mujer y ha sido y es la causa de muchos conflictos sociológicos, unos, lamentablemente la mayoría, defendiendo la supremacía del hombre, quizá por sus atributos físicos y presunta fortaleza, empero la superioridad intelectual y creativa no ha sido demostrada; otros Atienden timoratamente a la mujer, más por conveniencia y apariencia de superación que por propia convicción y finalmente los menos, que sienten esa igualdad y la demuestran con actitudes y admiración plenas, al ser más importante de la creación.

Esta composición del panorama no es reciente y tampoco ha presentado modificaciones sustanciales, aunque se perciben progresos hacia una mejor posición de la mujer en el mercado laboral y de oportunidades de empleos de élite, de conducción y decisión.

Y por esa composición que aún no se define y permanece en un estado mutante en el cual no se reconoce plenamente, ni se niega –posición ente-

ramente cómoda— que no permite una definición que posibilite, de aquí para adelante, una verdadera igualdad en posibilidades, oportunidades, rango y remuneración.

Y esto que se cita en muy pocas líneas ha sido la tónica de esta interrogante aún no solucionada por la humanidad, por lo que es importante que se vean los procesos de esta problemática y presentarla como un algo latente que aún no ha encontrado su encuadre sociológico.

Esa constante histórica se ha desenvuelto en diferentes facetas que nunca han arribado a una solución o postura estable debido a la complicidad, reticencia y falsedad de los protagonistas eventuales que tratan el tema de la plena igualdad de la mujer con subjetivismos y eufemismos que no conducen a un verdadero cambio de mentalidad mundial. No se capta la perspectiva del problema y la grandeza de espíritu que debe contener para cambiar este orden de cosas; se maquilla superficialmente y no se modifica el núcleo de la aspiración, que debían apropiársela todos los hombres que poseen sensibilidad, madurez y afán veraz de cambiar este trato discriminatorio a la mujer.

## Capítulo 2

# Discriminación

No se encuentra una disposición contundente y enérgica para revertir un estado que lastima, más a los hombres, que a las propias mujeres; lástima porque íntimamente se reconoce la ausencia de voluntad y se convive con la negligencia moral al aceptar la situación, pues es mejor disfrutarla que afrontarla y de cuyo cambio observaríamos un hecho de trascendencia que cambiaría al mundo y permitiría una mejor convivencia.

Por esa negativa indiferencia y presunta superioridad es que han pasado siglos sin que aprendamos de la mujer en su real dimensión. Y esto es un vacío que se perdió la humanidad sin recuperación, ya que el mundo, hoy, sería muy diferente en positivo, si la igualdad entre mujer y hombre ya fuese un tema superado.

La posibilidad de un total cambio en relación a los derechos e igualdad de la mujer, aún no termina de germinar por causa de la dialéctica que utiliza el hombre, cargada de propuestas inanimadas para preservar su dominio. Lo hace instintivamente aunque para ello utilice una serie de planteamientos que se presentan honestos en apariencia pero inefectivos en acción, marcando definitivamente un contenido lírico. Para lograr esa igualdad debe sentirse profundamente la injusticia de esa desigualdad, mantenida por siglos y que como congéneres de la mujer, debería constituir el mayor problema mundial, aún sin solución, atribuible a la población masculina, como una herencia pesada que posterga realizar acciones determinantes para obtener esa igualdad.

Es que no se puede vivir más con este problema pendiente, esperando quizá, que se solucione por sí mismo o por el ímpetu de la mujer que lucha arduamente

para abrir ese esquema y vivir en un mundo con una diferente propuesta. Antes que la mujer por su propio esfuerzo de lucha, que tiene pasos adelante y al costado, según se presente la voluntad del hombre para allanar ese campo de oportunidades que pertenece definitivamente a la mujer en igual extensión... ¿no sería mejor que el hombre reaccione y comprenda que ha vivido siglos usufructuando el legítimo espacio de la mujer y cambie su conducta?

## Capítulo 3

# Capacidad de la mujer

Se necesita conocer la profundidad de las reacciones y expresiones de la mujer que nunca antes les asignaron la verdadera potencialidad de su impacto. Hay intuiciones que determinan que ella, la mujer, posee algo extra mundano, casi celestial, que la individualiza en sus constantes actitudes progresivas, así calificadas por establecer siempre algo que es una impronta de adelanto.

No es que se crea que a la mujer deba situarse un pedestal inalcanzable, sino, realizar todas las acciones intelectuales posibles para conocer aproximadamente su verdadera e inmensurable capacidad. Existen referencias que la mujer no se arredra ante la complejidad del sentimiento y se entrega a él en toda su intensidad y entereza; acepta la subordinación pero trata de compensarla con signos que, bien comprendidos e interpretados, pueden mejorar en sinceridad y estabilidad, una relación sexual exenta de estereotipos y actuaciones histriónicas que perjudican la afloración de una verdadera entrega.

Lo inquietante es descubrir la verdadera profundidad y la estructura del pensamiento y la actitud de la mujer que difiere en cuanto a constancia y resultados a la del hombre, porque hay en ellas una auténtica relación a la intención y correspondencia a la necesidad de la mujer de abrigar protección y preservar situaciones de peligro a sus seres queridos. La mujer no interpreta fielmente la programación de su psiquis con los resultados a obtener, sino, por el contrario, analiza profundamente la situación, la consigna como una prioridad, la describe internamente en su positivismo y la avasalla con su decisión y presencia de acción. La diferencia es significativa, entre la acción del hombre que es humoral y ostensiblemente superficial y de confrontación, con la suave aureola

de comprensión total del cuadro de situación, solo concebida por la mujer; consecuentemente es obvio presumir la diferencia de los resultados.

¿Por qué la mujer afronta diferentemente la situación, cuando quizá la preparación intelectual del hombre de manera formal puede ser superior a la mujer? ¡Porque la mujer no hace uso, ni se escabulle en la preparación formal de su intelecto, sino acomete la vicisitud o el impacto de una situación por decantamiento de posibilidades que tienen como objetivo la preservación de la vida humana y de la relación sentimental!

La incógnita de la formidable y genial estructura sentimental de la mujer es algo que persigue a la humanidad por centurias, y aún es todavía imperceptible su real magnitud, la especial y única transformación y modificación que sufren las sensaciones y el mundo exterior en el intelecto y la capacidad emotiva de la mujer.

La integrante queda inconexa si no la atamos a la realidad, ejercitada por años, en no querer aproximarse lentamente a esa evolución de la mujer, evidencia que tiene su asidero en la posición del hombre al observar a la mujer y tratarla normalmente como a un objeto sexual. Ahí reside el mínimo conocimiento que se dispone sobre las actitudes y acciones de la mujer, que siempre son admiradas y contempladas por su autenticidad y fortaleza, pero se tiene un miedo reverente a ser sobrepasados; por lo que, es mejor vivir en el estancamiento machista que hurgar el avispero.

## Capítulo 4

# Belleza de la mujer

No se crea que es un cuerpo maravillosamente dotado de perfección y belleza el que influye en la actitud inteligente de la mujer, más aún, por esos atributos recibidos le es difícil ingresar a su perenne característica de sentimiento, ternura, comprensión, raciocinio y decisiones acertadas. Hay que disponer de un temple realmente excepcional y de un reservorio incalculable de valores y sentimientos para revelarse como una inteligencia activa, antes que una atracción femenina.

La mujer dispone desde el uso de razón de la alternativa de profundizar su presencia en el ámbito de la humanidad debido a su natural observación de las situaciones del quehacer humano, con solidaridad y apasionamiento maduros. Desde la niñez la mujer observa las veleidades y las aproximaciones a la búsqueda de la verdad y la experimentación de vivencias y sensaciones de los hombres, con una diferenciación asombrosa; introduce cautela a lo desconocido, aunque no lo elude, diagnostica la situación y extrae la información con erudita capacidad, conforma un marco de referencia y lo establece por sí misma a enfrentar con éxito y alternativas a cualquier situación similar. Este es un proceso que lo repite incesantemente en el transcurso de su vida, cimentando suficiente información y disposición interna, que las del hombre. En este mismo plano en los primeros escauceos amorosos donde la inexperiencia aflora, es la mujer con su inmensa ternura, su maravillosa intuición y su casi imperceptible superioridad de asumir la experiencia, que la encara y la vive con previsión, destacándose sobre todo la invaluable actitud post-experiencia; que es ostensiblemente diferente a la del hombre. Este huye, se amedrenta, lamenta lo experimentado, desconoce su responsabilidad y se abandona en la indiferencia o su pretendida

superioridad, sin confrontar su acto. Deja todo a la iniciativa de la mujer para recomponer la situación y recuperar la relación a términos estables. ¿Quién puede negar estos cuadros que se nos han presentado en las experiencias sensitivas entre ambos sexos...? A nadie se le puede olvidar los inefables intentos de presumir experiencia y conocimiento y además guía en sus relaciones con una mujer. ¿Qué se relata?... sólo la pacífica y tranquilizante actitud de la mujer que, con su manto de ternura y comprensión, cubre apaciblemente la carencia de experiencia del hombre y el sometimiento a su desconocimiento fisiológico. – ¡Qué actitud más maravillosa que se repite incesantemente a través de centurias!

–¡Y esto permanece invariable!

## Capítulo 5

# Profundidad intelectual

Es una realidad incontestable que la mujer a través de su crecimiento biológico experimenta simultaneidad con su crecimiento intelectual y su aproximación a la madurez; eso es lo que le provee seguridad, definición y actitud firme; no así en el hombre que rebota repetidamente en un océano de indecisiones y actitudes inmaduras, incuas e inconsistentes, que lo sitúan irremediabilmente en una posición inestable y prefiere refugiarse en esta actitud, acogido por la mujer en su regazo de comprensión y tolerancia, antes que asumir su edad biológica. Trata de conseguir ventajas arrullándose en ese entorno, pues sabe conscientemente que obtendrá mejores beneficios en el aprendizaje de la vida que en la posición de confrontación.

La mujer posee un diferente proceso de interpretación y acción posterior de las situaciones de la vida; podría parecer ininteligible y disperso en una primera aproximación, y en el esfuerzo de comprender el origen y la evolución de reacciones tan singulares e inteligentes. ¡No es así!; el proceso de percepción de la problemática mundana por parte de las mujeres siempre fue más ambicioso, justo, marcado por el sentimiento y con cobertura espacial. Justamente esa cobertura espacial es la que marca el punto equidistante, entre las formas de ver, asumir y reaccionar ante los hechos y situaciones que diferencia a hombres y mujeres. Aquélla se diferencia a la extraordinaria capacidad y visión selectiva de los peligros y circunstancias emergentes que caracteriza a la decisión de una mujer. No es solución, actitud de vida o intensidad efímeras, por el contrario, reviste la protección y la salvaguarda de tiempo y espacio.

La mujer no sólo confirma esa proyección singular, sino que establece la correspondencia entre el equilibrio que debe existir entre la complejidad e intensidad de los sentimientos y la aplicación de éstos a la realidad, de tal forma que surja la feliz solución a esa constante confrontación. Tal proceso crea las condiciones necesarias para lograr el ansiado ligamento indivisible entre las relaciones mujer y hombre, pero si no se vive el proceso ni se tiene la capacidad de adentrarse en su evolución, así como la generosidad del aporte a la misma, o la participación sin convicción porque las ideas masculinas no son las prioritarias, entonces, se frustra el intento y se arriba a la clásica relación primitiva e instintiva sin atisbos de mejoramiento intelectual.

La mujer, consecuente con lo establecido, ingresa a una relación con un hombre, nunca con la inclinación desmedida de la posesión como lo hace el hombre; su participación es muy sensitiva y total, no se concentra sólo en la experimentación del placer, sino observa la relación con la proyección y perspectiva de la integridad de la escena, asimila y registra toda la potencialidad y grandeza que ofrece el cuerpo humano, pero con una óptica de gran alcance hacia el sentimiento.

La mujer sintetiza la mayor expresividad de fuerza emocional, voluntad incandescente y lúcida visión de la realidad presente y previsión futura de sus acciones. Si dividiéramos su anatomía por segmentos longitudinales, veríamos que, el espacio correspondiente a su cabeza, enmarca la actividad de su cerebro y sus sentidos como una armoniosa amalgama de raciocinio extraordinario, hasta un equilibrado sentido común y una conjunción maravillosa del accionar de sus sentidos. La expresión de sus ojos que nunca decaen en su mensaje de esperanza y coraje y aún, cuando lloran, trasunta el verdadero sentimiento de su pesar o alegría, nunca traicionan a la función fisiológica del llanto, por ello que el llanto de una mujer siempre es sublime y conmovedor, pues no conoce la pose social o la actitud histriónica. También la terrible fiereza de su mirada cuando se siente justa de defender lo suyo y la inexpresable ternura, profundidad y brillantez acicalada cuando ama o expresa su alegría.

La función auditiva de la mujer está lejos en eficacia y precisión a la del hombre pues combina la prudencia y la inteligencia, para dejar transcurrir lo que oye y luego significar en pensamientos serenos y maduros, actitudes de

conciliación y esperanza cuando ejerce la función del habla, de la que hace uso siempre y cuando haya podido discernir con minuciosidad y excelente análisis lo que más conviene decir; no es una expresión hablada de la superficialidad o producto del instinto; son siempre palabras con sentido y contenido que producen en los que las oyen, el necesario momento de reflexión y consideración, para amainar la situación. Esto último es lo que siempre vemos y observamos en la mujer en etapas de niña, adolescente, mujer, madre, esposa y como fuerza laboral.



## Capítulo 6

# Lenguaje corporal

Cuando la mujer utiliza sus labios para comunicar finalmente el proceso al cual ha sometido la situación, lo hace con una peculiaridad única e inimitable – solo del dominio de ella; imprime su sentencia con la entonación e inflexiones necesarias para obtener una verdadera comunicación y que no se disperse en su intencionalidad. No esgrime fuerza física como el hombre, sino persuasión, firmeza, propiedad en la elección de los vocablos, inflexibilidad en su decisión y mucho encanto en su conjunto.

La armonía de su cuerpo, si tomamos un segmento inferior, de la cabeza a la cintura, acompaña perfectamente su actitud comunicativa, no sólo por la belleza de su contorno, sino por el apoyo que confiere su movimiento corporal.

De esta forma logra la mujer el impacto certero en su comunicación y la diferenciación con el hombre, a todas luces perceptibles, por sus singulares modos de expresión que le emanan sutilmente y pueden ser controlados en su intensidad, acorde a la energía que se requiera. ¡Esto último es sencillamente maravilloso!

El lenguaje corporal que comunica en situaciones de índole diversa es, sin duda, una de las características más genuinas y persuasivas en la mujer y, obviamente, se requiere inteligencia para percibirlos y descifrarlos, aunque no se dispone de mucho tiempo, pues los mensajes son intermitentes y certeramente dirigidos. De ahí que, para dialogar corporalmente con una mujer, se requiere retina ágil e inteligencia descifradora. Ahí no acaba esa maravillosa expresividad que, normalmente confunde y extasía; la mujer la prolonga aún más haciendo

discurrir su mensaje con tamiz de diferentes tonos de voz, que graba y penetra en el destinatario, justo y preciso en los tiempos donde la intención es obtener aclaración y receptividad.

La figura de la mujer, de por sí bella y armoniosa, exalta su garbo y fiereza, que impacta y previene, a medida que la comunicación y el diálogo alcanzan su máxima efervescencia. Jamás muestra ni intuye un signo o un atisbo de violencia en sus gesticulaciones y expresividad corporal. Si alguna vez la mujer penetra en este campo es porque ha sido arrastrada por el hombre, conspicuo manipulador de la ira y la violencia. Si la mujer agacha o inclina su cuerpo o simplemente flexiona las rodillas, se podrá observar la delicadeza de sus movimientos hasta arribar a la posición; su musculatura es delicada y resistente y los movimientos que ondula tienen más un símil de danza estética con tiempo lento y coordinado hasta que la musculatura repose suavemente en su posición original, todo ello es maravilloso para la vista, siempre y cuando se quiera ver, por entendido.

## Capítulo 7

# Equiparación de gestión

La mujer, cuando es equiparada con el hombre en su capacidad de gestión, dirección y de apoyo, no hay duda que las capacidades son las mismas, conviniendo que las oportunidades de igualdad de desempeño de las mayores responsabilidades del mundo, han sido escasas para la mujer, estadística fundamental que eleva mucha esperanza para un mundo diferente y superior. La diferencia descansa en la forma y en el fondo de encarar las cosas: el hombre ejecuta, luego recapacita y reconduce; la mujer analiza prolijamente las posibilidades y si encuentra dos o tres razonamientos que sean firmes o incontrastables, ejecuta. La mujer no se entusiasma rápidamente con éxitos quiméricos o proyecciones sobre el papel; prefiere avanzar pausadamente para obtener logros y consolidarlos, administrando cuidadosamente el presupuesto ante cualquier eventualidad negativa. El hombre sueña, gasta, convence con su planificación y dispara el tiro sin haber distinguido claramente el objetivo. Arriesga inconscientemente para beneficios inmediatos y exagera la tensión hasta los límites de la inseguridad. ¿Por qué hace eso?... porque considera atentatorio a su sexo no tomar decisiones que elabora personalmente y no permite una dosis superior de asesoramiento que su propia convicción. Cuando logra esto, aún con roces contrarios, arremete con la decisión tranquilizando su egolatría y su machismo, como única alternativa, para mantener el sistema.

La mujer en una situación similar, se adecúa muy inteligentemente a la necesidad de sus colaboradores de participar, escucha atentamente e incorpora todo lo que es útil y enriquecedor al punto de partida. Nunca desecha una idea que puede ser perfectible y le asigna tratamiento especial, de tal forma que los participantes siempre se sienten exigidos en sus capacidades. Los mantiene vivos

y motivados; actitud psicológica que provee siempre mejores ideas para el futuro. La diferencia es clara... quién como la mujer para conocer exactamente lo que envuelve una relación romántica-sexual - es única - no sólo cubre totalmente el escenario, lo reviste de la profundidad y de la sensibilidad que le exige su naturaleza; aprecia el encuentro, se emociona sinceramente con la vivencia, no quiere perder espacios y utiliza su notable grandeza para ofrendarle toda su ternura y naturalidad, vive las instancias, no se detiene en los detalles, no escatima su potencialidad de dar; es exquisita en su entrega -no quiere protección ni estrategias- ella debe seguir su maravillosa intuición, perdona las carencias fisiológicas y protege a su socio de la frustración haciéndole sentir que su encuentro fue feliz. Esto solamente puede provenir de una mujer.

No es fácil intentar, porque sólo se puede intentar, aproximarse a la maravillosa profundidad de la mujer, más aún tratar de conocer el verdadero misterio de su sentir y su poder de discernimiento y aportación de soluciones prácticas e inteligentes a la complejidad de la vida.

La estructura de la mujer, tanto fisiológica como intelectual es muy diferente a la del hombre, obviamente muy palpable en el aspecto fisiológico, pero, ¿también lo es mentalmente?, aquí se nos presenta que, fisiológicamente, es idéntica la conformación para concebir y producir pensamientos y, acorde a ellos actuar, es lo que marca la diferencia, ahí queremos centrarnos a analizar.

## Capítulo 8

# Adopción de la madurez

Si nuevamente nos remontamos a la niñez y a la adolescencia de una mujer, vemos que las actitudes en el seno familiar y en lo social son diametralmente opuestas a las del hombre:

En el hogar, la mujercita en ciernes es colaboradora y solidaria, realiza todas las tareas que se le asignan, introduciendo su imaginación para mejorarlas y hasta las modifica para obtener rendimiento con el tiempo. En el hogar, la mujer es extremadamente intuitiva para preservar la intimidad de su hogar, no desvela fácilmente el escenario de su vida, protege la imagen de sus progenitores y si existen realidades que puedan desestabilizar la evolución de lo cotidiano, lo guarda a siete llaves y se constituye en el elemento indispensable para conciliar y desactivar extremas posiciones. En la mujer, o en las mujeres hijas, tienen los padres el mejor medio para calmar tensiones, pues su conocimiento del hogar es perfecto, es natural, conseguido a través de la presencia, observación y ejecución de tareas sin discriminar ninguna; no se avergüenza de fregar los pisos, recoger y lavar la ropa desordenada de sus hermanos, restablecer el orden en los baños, limpiar la casa en su totalidad y además ser un valioso aporte de ideas e innovaciones a su madre, en la cocina. El hijo hombre está ausente, quiere descubrir su entorno, su barrio, su ciudad; no tiene por ello apreciación válida de lo que es el hogar, fuera de las horas de reunión establecidas. La mujer aprehende toda esa sapiencia en el hogar, conviene que el mejor medio de formarse es actuando con las cosas comunes de la vida, admite que la única vía de conocimiento de sus padres, sobre todo la madre, es la convivencia. Adquiere su sexto sentido, en un aprendizaje incesante de 24 horas, todos los días, observando las diferentes fases del comportamiento humano, tratando de

comprender las innumerables e incontables variantes del carácter humano, tratando de crear un común denominador que le provea comunicación con los miembros de la familia que convive... y el fruto, a través de los años llega... la mujercita madura piensa adecuadamente, discierne con facilidad y actúa inteligentemente, se erige en un catalizador de conflictos y no le faltan oportunidades de incitar a la reflexión a sus padres, amén de los hermanos, para los cuales aconseja brillantemente a sus padres, pues sabe que no es su función, pero su intervención a través de los padres es efectiva.

Sus experiencias personales las atesora con profundo análisis por la influencia que significará para su vida futura. No desestima que sus vivencias no le deparen la ilusión y las expectativas soñadas, siempre obtiene algo bueno del ser humano con el que se relaciona, pues entiende que es mejor desenmarañar el conflicto de interpretación del sentimiento y elige el planteamiento abierto, antes que desecharlo por inexperiencia o incapacidad. Quiere mostrar que su presencia, independiente de la vivencia, tiene mucho más que dar; no se arredra ante la confrontación de la causa de su acercamiento, prefiere confesar su sentimiento antes que ofender. Es una actitud que reclama siempre al sentimiento, haciéndolo prevalecer permanentemente, sin abrigar posesión o dominio espiritual.

Con la similitud de un arco iris, en los colores brillantes, intensos y sus gradantes, la mujer despliega sus afectos y sentimientos, adecuándose a la respuesta; dosifica su entrega dejando discurrir la intensidad lenta y gradualmente hasta obtener la más mínima percepción de esa evolución. Es consciente que el sentimiento concebido desde su despertar hasta la expresión indomable requiere de etapas para su culminación y las asimila con paciencia, vehemencia y memoria retentiva, que son decisivas en su actuar para otras experiencias; por lo que posteriormente se desenvuelve con verdadera reflexión y prudencia, creando en ella la facultad difícilísima de obtener, que es mediar entre sentimiento y razón y, sale airosa. Esta natural característica no tiene relación con estrategia o protección para no salir lastimada; es su forma de hacer ingresar a su vida interior marcos de referencia que determinarán su vida sentimental; lo hace progresivamente, tratando de obtener lo máximo de aproximación y conocimiento de los mismos, porque asiente que es lo único que le puede conferir seguridad y honestidad en sus relaciones. Aquí, precisamente en este

---

punto, es donde los hombres fracasan al no comprender esa asimilación responsable del intrincado problema del sentir que realiza la mujer, hace que el hombre se equivoque en su tratamiento. Cree que la mujer manipula, actúa erráticamente o simplemente no lo toma en serio. ¡Qué impericia!... si se aproximara al difícil planteamiento y exigencia que se hace la mujer, podrían eliminarse muchísimas incomprensiones y subjetividades, causa de la intolerancia e impaciencia del hombre, que quiere imponer su afán de obtener todo inmediatamente, eliminando la belleza y la preservación futura de la relación, pues confluyen en él irrenunciables tendencias de soberbia, orgullo y machismo.

Aún es desconocido, para la generalidad de hombres y sobre todo para los que no se interesan en la psicología de la mujer que, las actitudes de ella, están siempre relacionadas con el origen de la cosa y de la circunstancia (por ello las mujeres son tan intuitivas y perspicaces), pues nunca abandonan este principio, lo atesoran y cultivan en el transcurso de sus vidas como una columna de sabiduría que guía sus decisiones y acciones, siendo ellas mismas creadoras de esa alternativa, a causa de un retro sustento de todos sus encuentros y vivencias con las personas. Allí reside la causa fundamental de ausencia de la tendencia a la mentira que poseen las mujeres; no olvidan nunca un cuadro de situación pasado y guardan la información para la eventualidad de situaciones repetitivas. Por eso no se equivocan, son precisas y determinantes y no son presas de la mitomanía como los hombres.

El principio de ir al origen del hecho o de la circunstancia, hace de ellas personas actualizadas para definir o explicar la importancia que reviste la evolución de los humanos tanto psíquica, como fisiológicamente.



## Capítulo 9

# Naturaleza intrínseca

La intrínseca naturaleza de la mujer al vislumbrar el origen de las cosas y las situaciones del diario vivir, se complementa con su definida y amplia actitud comunicacional, que se perpetua a través de su intachable honestidad y su inviolable discreción. La reacción de las mujeres ante conflictividades no sólo abriga la voluntad de crear la paz sino se proyecta hacia la educación y la enseñanza prácticas; manteniendo esas vivencias y referencias para repetirlas con mayor aplomo y decisión en el extremo de persistir el conflicto y las posiciones encontradas. La mujer, con su dulzura y encanto y ante esa aparente inofensividad, concentra inagotable fortaleza en su interior para posibilitar el diálogo y el avenimiento. No permite que se produzca una antítesis entre su actitud externa, su mirada y su posición corporal con la violencia. Quizá éste uno de los recursos maravillosos que dispone la mujer.

La mujer no se detiene en miramientos en los fracasos que se suceden en la consecución de esta extraordinaria personalidad y visión temprana de aceptación que, el sufrimiento, sin alardes ni aspavientos, es fundamental para la real comprensión de la naturaleza imperfecta y conflictiva de los humanos; pero ese sufrimiento no lo asimila como espíritu resignado o con pasividad, lo encara como una transición necesaria que afrontar, particularizando el tiempo en que se presentan las dificultades para determinar con precisión la influencia que experimenta en su ser y su transformación en el tiempo y el espacio. Si no recoge puntualmente el resultado de ese transitar intermitente por peligros y adversidades, no obtiene paz interior, pues ésta depende de la prolijidad y la apertura de su ser para incorporar estos sustanciales momentos de su vida. Lo último nos convence que la mujer, aún con intensas presiones que hacen perder

el rumbo a los humanos, advierte que no puede desfallecer o perder conciencia de la vivencia que rectifica su espíritu. Así encuentra lo que fue su genuina inquietud de conocer la vida por medio de una militancia activa en la simplicidad o conflictividad de la misma.

La necesidad de amor, es el elemento imprescindible en la concepción que funda la mujer como justificación de su existencia y no cede nunca en su búsqueda y, cuando la encuentra, entrega toda su creatividad y capacidad para alimentar o sustentar el crecimiento, cada vez más fuerte, de este sentimiento, haciendo de éste, la orientación definitiva de todos sus actos. Es tan consecuente con esta búsqueda y su encuentro que, como decíamos anteriormente, se prepara paulatinamente y con avances progresivos, mezcla de paciencia y acumulación de experiencia, para comprender cada vez mejor y asumir con total disposición y conocimiento el hecho de no poder avanzar sin la necesidad de amor y entregarlo con toda pasión e intensidad; pero también con la salvaguarda de la meditación y la mesura en toda la irrefrenable vorágine que encierra la propia esencia del amor. ¡Qué difícil momento para una actitud tan sobria e inteligente!....este comportamiento sensato que no priva de la entrega de su amor al que lo recibe, está comprometido con toda la naturaleza de la mujer, consecuentemente actúa con exquisita pasión, controlada por la confrontación de su propio convencimiento interno. La mujer nunca delata su genuino sentimiento, por esa razón intrínseca de conocer primeramente el origen –es su fortaleza.– Por ello, en las ocasiones en las cuales toma la iniciativa, desconcierta al hombre que presume que se llegará hasta el final, sorprendiéndose ante la reacción madura de la mujer al interrumpir el contacto y diluir la pasión, no sin esfuerzo, para buscar la soledad y recopilar el hecho vivido, enmarcando tal desenlace a su vocación honesta de encontrar el sentimiento, la atadura interna que le persuade a sí misma hacia una entrega total.

## Capítulo 10

# Vida íntima

En toda esta evolución la mujer nunca actúa torpemente ni corta abruptamente el momento; habla, comunica y aclara su actitud; lo que sucede que, en una circunstancia de pasión desbordada, el hombre no escucha, se descontrola, es vencido por su vanidad y machismo, y en el mejor de los casos se retira, otras veces justifica su egolatría profiriendo ofensas que lindan con destruir la voluntad de la mujer, ataca su presunta falta de experiencia y decisión y, por último, esgrime que ella no es digna de su entrega para sentirse mejor con el reproche interno de su vanidad. Todo ello se podía evitar escuchando a la mujer y a través de esa comunicación la pasión se convierte en ternura y en un momento de reflexión para ambos. Como esto no se cumple, la mujer elige retirarse inteligentemente, como si a ella no le costara mucho tomar firmemente las riendas del dominio.

Es poco perceptible para la generalidad que la mujer en sus relaciones habituales, sean de orden material o espiritual, está siempre acompañada de un conocimiento previo del hecho, aunque sea por intuición; ese adelanto que asume la mujer en cada una de sus vivencias es una premisa de seriedad y madurez que con el transcurrir del tiempo, le asigna una mejor posición de la contienda que incomoda a los hombres, resentidos en su tradicional costumbre de establecer las definiciones en las confrontaciones.

La mujer no se deja subyugar fácilmente por el entorno del romance, más aún, siendo ella sincera en su entrega, percibe argucias y estrategias en el hombre, se inquieta inmediatamente y decide conducir la escena a instancias que no le deparen dolor y desasosiego. Concentra su fortaleza en escudriñar la

honestidad del hombre, que imbuido y perdido por la pasión, no identifica que es severamente observado en sus actitudes y en su comunicación, aflorando incoherencias y espacio para la fantasía, que la mujer registra prolijamente. Aquí no se trata de presentar a la mujer como un ser desconfiado, analítico, despiadado y con un exacerbado control de sus sentimientos; es la alternativa de su fortaleza de preservarse a sí misma, aun sintiendo internamente la misma necesidad, controlando su entrega, pues entiende que no puede ser efímera, ni por la misma necesidad; su estructura sentimental le exige una continuidad para el futuro y sólo ella puede conducir esa aspiración. La mujer no planifica ni elucubra, prevé todas las vivencias que le pueden sobrevenir y en mérito a esa realidad no descuida ninguna participación en la vida que le acerque a la esperanza.

## Capítulo 11

# Delicada feminidad

En todas las oportunidades que observemos a la mujer hallaremos figura, posición, encaje perfecto en su rostro que puede arrojar multitud de variaciones, siempre con información diferente. La mirada que invita a descubrir la complejidad de su ser; siempre atenta y acorde a la circunstancia, un conjunto general entre encanto, desafío, inocencia, fortaleza y elegancia; este último concepto por su forma de vestir, donde se destaca la falda que no es un símbolo de sumisión al hombre, por el hecho que con esa maravillosa prenda no pueda realizar movimientos indiscretos o prohibidos –justamente aquí reside su misterio y la inmensurable imaginación que deja discurrir– de esta forma la falda no es un condicionante, como se dice, porque la mujer es consciente de la división masculina y femenina y no tiene nada que ver con la significación moral. No se entiende que se quiera estigmatizar a la falda como un símbolo de dominación masculina. Para ello simplemente hay que referirse a la evolución que ha sufrido la falda y la naturalidad y belleza, con las cuales la mujer ha asumido los cambios. ¡No podríamos imaginar una mujer que no use falda!...

Las posturas de la mujer con falda están lógicamente cargadas de significación, pero por lo encantador que luce en el cuerpo de la mujer y sea esa prenda la más apropiada para ella y la diferencia no contribuye a una carga mayor de la dominación masculina, aunque la sociedad, a través del tiempo, la haya construido. Consecuentemente, el uso de la falda no secunda, consciente ni inconscientemente, a la dominación del hombre.

Lo importante en la mujer es que no se intimida ante las reales adversidades en su lucha por la igualdad; pues lo que se pueda especular sobre la falda es inocuo, a lo que representa el cambio de mentalidad en el hombre, en las

estructuras de los estados, la iglesia, las instituciones académicas y en las diferentes universidades. Veamos algunas realidades: el hombre cree mantener su dominación a la mujer en la sociedad por la circunstancia mayoritaria de cesión por la mujer, a que sea aquél quien acostumbre a dar las respuestas en múltiples confrontaciones empresariales, de posicionamiento en la sociedad y hasta en el hogar; eso no significa que la mujer acabe sabiendo menos, por el contrario, la mujer con esa actitud da un respaldo invaluable al hombre que, capitalizado adecuadamente y con igualdad, le significa al hombre la determinación de su unidad, y la mujer inteligentemente preserva no situar al hombre en los difíciles y complejos cánones de la sociedad –ella lo discute internamente, con mayor lucidez y aporte.

## Capítulo 12

# Reconocimiento jurídico

En las estructuras de los estados se utiliza el cuoteo porcentual de la participación de la mujer en la composición de las mismas, sin otra intención de justificar y enarbolar una presunta igualdad que no se produce, pues se intenta dar una imagen de paridad política y, aunque la mujer las acepta como un progreso, estos cuoteos son siempre artificiales y no constituyen una verdadera solución. A la mujer le interesa como objetivo ineludible cambiar la forma de pensar de los hombres y también de parte de las mujeres que todavía sienten la presión del subconsciente colectivo que les impide a participar en la política por sexismo o porque simplemente creen erróneamente que la política y la participación social es cosa de hombres.

Se marca así un panorama poco favorable a la mujer y no es a causa de ausencia de resistencia a esta discriminación que dura siglos, o por falta de capacidad; es la mentalidad del hombre y de las instituciones dirigidas por el hombre, que según la época y la presión de las mujeres hacia una igualdad de oportunidades, exentas de cuotas ineficaces, que no ha variado en su esencia, porque significativamente se puede alegar que hay relativamente más espacio para las mujeres, pero este pequeño margen conseguido, hasta llegar a la igualdad, que todo hombre debería desear y que dista mucho a su logro, se lo ha "concedido" fundamentalmente el empuje de la mujer y parte de la colectividad, que cree que el mundo sería ostensiblemente mejor con una igualdad real, no por convencimiento ni convicción por parte del hombre.

En todo este tiempo transcurrido, traducido en decenas de siglos, el hombre ha permitido algunas concesiones que en general son sólo maquillajes para

preservar la apariencia y el temor a ser condenado como retrógrado. Esta habilidad a su favor que registra el hombre, para postergar el advenimiento de una igualdad, se genera por la propia negativa del subconsciente del hombre, la hipocresía de las instituciones y la ausencia de entereza y convicción internas para cambiar de mentalidad; con una educación diferente a la actual, proyectada a abrogar todos los impedimentos legales que dificultan el surgimiento de una igualdad, pues aquéllos fueron establecidos por el hombre y lo que se hace actualmente es modificar parcialmente para contentar a las mujeres, sin atisbo de cambio de mentalidad. A esto se suma que muchas mujeres, víctimas de esa educación y de la sociedad, ayudan con su actitud de sometimiento al hombre a que no se produzca un cambio total: una revolución. Esta revolución debe ser mental y con la convicción que no se puede postergar más la irrupción de una sociedad igualitaria donde las únicas diferencias debieran ser las biológicamente impuestas, mas no las oportunidades de acceder todos los puestos y mandos que hacen rotar este mundo en su progreso y mejores condiciones de vida.

El surgimiento de una nueva mentalidad libre de diferenciaciones discriminatorias y el establecimiento de una competencia igualitaria basada sólo en la educación, formación profesional y aptitudes para un exitoso desempeño, decantaría sólo en una diferencia curricular que sería la única razón determinante y justa para elegir a una mujer o a un hombre para el desempeño de una función de poca, mediana y alta responsabilidad. Es evidente que este enunciado produce la alegría intrínseca del verdadero cambio y entusiasmo a quienes creen, con sinceridad, mentalmente y con acciones que, hombres y mujeres, pugnan por su realización personal y colectiva en estrictas condiciones de igualdad.

## Capítulo 13

# Sociedades machistas

Lo consistente de todo este planteamiento es la actitud de cambio fundamental a reflejarse en el hombre que, despojado de todo resabio de superioridad física o intelectual, inicia una nueva fase de interrelación con la mujer, en la cual no existen más discriminaciones de ninguna índole, ni afanes de arrojarse a un parangón superior; así emerge la competitividad en su máxima expresión como única alternativa de diferenciarse en la pugna por oportunidades.

Existe una serie de impedimentos de orden psicológico, heredados socialmente, sin duda atrabiliarios, que influyen en la calidad y honestidad en la relación del hombre con la mujer. Se continúa con la práctica de la infidelidad como un orden establecido para ratificar subconscientemente la seguridad y capacidad amorosa del hombre, desbordando en esta instancia irregular del comportamiento humano, penado por la mayoría de las legislaciones y de difícil comprobación que, sólo con otra mujer que no sea la esposa, se puede dejar aflorar todas las fantasías sexuales y las inhibiciones que atormentan y persiguen implacablemente a los hombres a lo largo de sus vidas. En ese escenario el hombre es creativo, complaciente y comunicativo; es tierno y paciente y puede pedir lo que le ordene su subconsciente reprimido; quiere una relación sexual completa con alta dosis de ternura y gran imaginación para producir placer –no se inhibe de nada– desempeñando su participación igualitariamente; complaciendo, escuchando y entregando sin imponer; condicionantes excelentes para una consumación plena del acto sexual.

No se explica todavía y es una incógnita a resolver, la causal de no actuar con la misma predisposición con la esposa. La respuesta aproximada estriba en la

arraigada convicción interna que la relación íntima con la propia mujer debe consumarse bajo marcos convencionales, es decir, copular por obligación conyugal, concluir, retirarse y luego dormir... ¡que es el colmo! con la intención de no despertar la iniciativa y la imaginación de la mujer para posibilitar que utilice los más o menos ocho metros cuadrados de piel sensitiva que poseemos los humanos.

Esa respuesta aún no es completa ni satisface a nadie, aunque tiene de verdad como el aire que respiramos, pues falta adicionar que todo este comportamiento íntimo del hombre con su esposa no está liberado por los excesos de egoísmo y necesidad de confirmación de su machismo, además del miedo de implicarse sentimentalmente en forma abierta y porque se considera el macho cabrío que ninguna mujer puede corresponder a sus pretensiones, a ello se aproxima la ilegalidad, con la cual no hay responsabilidad futura, por el momento, pero en ningún caso su esposa.

A ello se suma la falta de generosidad en la entrega conyugal, pues entiende, soberanamente equivocado, que la más mínima muestra de autenticidad y debilidad, muy propias de los humanos superados, es una muestra tangible de pérdida de supremacía del sexo fuerte. La pretendida persecución del hombre hacia una enriquecida experiencia sexual, los arroja a una alocada y perniciosa suma de relaciones basadas en la premisa de no perder la oportunidad y conformarse con otras mujeres, usando sus menguados y poco duraderos encantos, nada equiparables con la mujer que puede subsistir orgasmo tras orgasmo...

Más lamentable es la necesidad del hombre de ratificar y confirmar, según él, su virilidad, a través de la confidencia a sus próximos del mismo sexo, acción sin dudas, donde el hombre culmina su placer sexual.

No se dan cuenta que lo más maravilloso que le puede suceder a un hombre es perder el control de la situación y de sí mismos frente a una mujer y lo más inteligente es derrumbarse ante su propia esposa. Si se tiene al lado a una mujer elegida y cuya unión se basa en el amor y se cumplen las exigencias de la sociedad haciendo público ese deseo a través del matrimonio, que es consenso de dos, no se explica cómo el hombre no pueda volcar toda la fuerza que confiere

---

la lealtad y la fidelidad a preservar esa unión libremente elegida, desarrollando la iniciativa de comunicación íntima con su esposa para lograr la fusión plena en una relación —es a la mujer a quien se oprime y limita en ese mundo maravilloso de las sensaciones, al primar la necesidad del hombre de ser el iniciador, ejecutar según sus convencionalismos y juez supremo de la duración del más bello acto de amor entre una mujer y un hombre.

¿Por qué no preguntan primero qué está pasando en el interior de la mujer y en su maravillosa capacidad sensitiva?... No lo hacen porque esperan que la mujer pregunte primero y si conoce el tema y lo expone abiertamente, expresando sus deseos y fantasías... entonces despierta la susceptibilidad del hombre, que la recrimina subjetivamente por poseer mayor imaginación y quizá experiencia; inadmisibles para el hombre, pues está convencido, por la influencia de su educación, sociedad y entorno masculino que es sólo él el llamado a dar las pautas.

Lo que acontece conspira a una igualdad de sexos, tanto mental como fisiológicamente, aunque se aclaró que la mujer difícilmente abandona su límite... entonces... ¿en qué bases irreales encarna el hombre su supuesta representatividad del sexo fuerte? entrega, sin límites ni prejuicios, pues entiende que una entrega no puede abarcar el pleno concepto si está condicionada a factores de determinación, afirmación o dominio del sexo que, mayoritariamente atormentan al hombre y le impiden crear el ambiente de una relación igualitaria. La mujer, por su mejor disposición psicológica no es sujeto de secuelas internas ni de frustraciones del ego que padece el hombre, aun sabiendo que toda esa infinita generosidad puede no ser suficiente para desbloquear estigmas de dominación sexual y represiones internas.



## Capítulo 14

# Enmohecimiento del sentimiento

El hombre debe comenzar a vencer la dificultad enmohecida de decir "te quiero"; siendo esta expresión una constante que se incrementa en la intensidad del sentimiento a medida que las experiencias con su esposa son francas y abiertas a veces, y con inusitada frecuencia la mujer debe esperar con paciencia jacobina que el hombre pueda complacerla; la pregunta surge: ¿qué pasaría si fuese la mujer que impusiese ese condicionante?... seguramente un uxoricidio (uxoricidio, término legal que define la muerte de la mujer por el marido, en convivencia de matrimonio).

Ese sería un hipotético desenlace fatal no lejos de su realización, debido a la carga emocional que representaría tal inversión de posiciones y la enraizada actitud del hombre de alcanzar su placer, olvidándose que es socio de una relación, y, por tal condición fundamental, ambos socios aspiran a su autosatisfacción, debiendo participar en el preludio, –la comunicación y el resultado con generosidad, sin egoísmos ni inhibiciones –es difícil entender que surjan inhibiciones cuando el propio acto sugiere presentarse con diáfana desnudez –entonces la diferencia de actitud emana irrefrenablemente: la mujer, digna, generosa, ofrece todo lo que tiene y no entiende de zonas limitadas; el hombre sólo quiere poseer por designio de su educación y acumulación de la necesidad de afirmarse y, si no está en posición dominadora no responde; debería intentar situarse de recipiente –descubriría la maravillosa naturalidad y encanto sin barreras que abraza a la mujer cuando aborda la iniciativa, que es originada por su ternura y dominio del escenario, no por experiencias previas. Esa consecución del dominio de la escena por la mujer se debe a la natural desinhibición en la entrega, sin límites ni prejuicios, pues entiende que una

entrega no puede abarcar el pleno concepto si está condicionada a factores de determinación, afirmación o dominio del sexo que, mayoritariamente atormentan al hombre y le impiden crear el ambiente de una relación igualitaria. La mujer, por su mejor disposición psicológica no es sujeto de secuelas internas ni de frustraciones del ego que padece el hombre, aun sabiendo que toda esa infinita generosidad puede no ser suficiente para desbloquear estigmas de dominación sexual y represiones internas.

Por esa razón es que la mujer vuelve a la realidad sin carga concienical negativa ni arrepentimientos, por no haber hecho lo que debía o pensaba —ella abandona la escena en conclusión ecuánime y equilibrada fundada en su naturaleza, fantasía e iniciativa para conferirle vida a sus encantos —que no haya sido igualada en esa intensidad es otro desenlace, del cual el hombre siempre acaba atribulado —qué ironía: presentar la máxima disposición, imbuirle vida a sus encantos, desenfrenar la pasión, liberar los límites y acabar frustrada —sucede por las intensidades dispares que al final, en el hombre, salen airosos los complejos y los estereotipos ante la naturalidad y la entrega.

El decir "te quiero", aunque parezca una frase sin contenido, es un constante obstáculo para el hombre para dejar fluir otras expresiones de significativa confesión. El hombre responde ágilmente "Yo también" a un "Te quiero" de la mujer, porque esa prevalencia de oír primero una confesión le tranquiliza en su búsqueda de afirmarse con la relación y ser el objeto del nacimiento del amor. No se percata que, cuanto más postergue la iniciativa y la liberación de su espíritu reprimido, más distante discurrirá la relación en su florecimiento, luego, ese espacio influirá notablemente en la primera desavenencia, ya que el amor debe equipararse a lo que en física se llaman "vasos comunicantes".

## Capítulo 15

# Ausencia del detalle

Hasta ahora no está definida la razón a la actitud reticente del hombre a enviar o regalar flores; cree que es sumisión o un acto de pérdida de masculinidad; cuando debiera conocer que el tránsito de flores de un hombre a una mujer, por siglos, es la expresión más sutil de comunicar que esa mujer está provocando atracción y necesidad de contacto que, las flores con su delicadeza pueden patrocinar, obviando incluso la intervención de interpósita persona para producir el encuentro.

Las flores no sólo posibilitan el encuentro, desarticulando toda resistencia o negativa y, si bien son determinantes en la primera estancia con la persona deseada, nunca debe olvidarse a lo largo del matrimonio, que el uso frecuente de las flores, sean para exaltar las alegrías, desactivar tensiones, pedir perdón o simplemente como demostración espontánea de amor a la mujer, es el mejor y más delicado recurso.

La significativa carga de tensión que le transmite al hombre la sociedad con sus exigencias definidas hacia la preservación del dominio masculino en la mayoría de las actividades y a usar ese estereotipo en la relación social, no ayudan a incitar un remezón concienical en el hombre y reflexionar sobre este panorama actual que él usurpa y desfavorece a la mujer. Desfavorece, porque retarda inútilmente la emancipación de la mujer, derecho que no puede ser conculcado por más tiempo por la necesidad del hombre, con apoyo de la sociedad, de preservar un dominio masculino en la conducción del mundo. La Iglesia igualmente debería repensar el ingreso de mujeres al sacerdocio y el pleno derecho de la mujer a ejercer ese apostolado.

La igualdad y la emancipación contribuirán decididamente a la consolidación del matrimonio católico, que tantas fisuras presenta por la liberalidad de los estados en conceder el divorcio. Se elimina la subordinación a la autoridad marital y se la reemplaza por la igualdad, posición ideal para que los matrimonios constituidos bajo la bendición del sacramento, estén menos proclives a la desintegración, pues donde antes gobernaba una sola voluntad, existirían dos opiniones con la naturalidad dialéctica y raciocinio para solucionar las dificultades, propias de la unión de dos personas, con mayor lucidez y previsión, pues ante la evidencia que los cónyuges están ligados por la igualdad muy difícilmente aceptarán un fracaso matrimonial.

## Capítulo 16

# Mutación incompleta

Es paradójico que la constante mutación que experimenta el mundo actual y por lógica las sociedades, contempla la evolución de las mismas, pero no arroja avances significativos en lo tocante a la igualdad de sexos y oportunidades tangibles para la mujer en el trabajo, en la política, en la Iglesia y en la docencia en las universidades del mundo.

La mujer, aún en la religión católica, en la práctica, recibe un tratamiento que difiere ostensiblemente respecto a los hombres. La mujer es todo corazón y sentimiento; cuando ama, lo hace de veras, hasta el sacrificio y no pocas veces hasta el heroísmo, y el hombre abusa de la sublimidad de los sentimientos de la mujer, por ejemplo, en el divorcio:

El hombre, cuando se divorcia, es porque antes se echó en los brazos de otra mujer, y si no lo hizo, con el divorcio precipita esta situación. Si le hastía la mujer de su segundo matrimonio, se divorcia otra vez y busca otra. Así hay, en las sociedades evolucionadas a su conveniencia, elevadísimo número de mujeres desgraciadas, cargadas de hijos y, cuándo no, de ignominia pública, mientras los hombres acomodan las cosas a su placer.

A los hombres divorciados se los tolera en cualquier estamento de las sociedades; a las mujeres divorciadas se les limita el acceso o finalmente se les niega. El hombre no sufre del prejuicio de ser considerado un instrumento de placer y es porque el divorcio cancela a la mujer la garantía que encuentra en la indisolubilidad del matrimonio y anula el concepto de la dignidad en la maternidad.

¿Cómo podemos afirmar que las sociedades mutan y evolucionan si permanecen estancadas e indiferentes a los derechos de igualdad y posibilidades sociales de la mujer?

En lo político, el comunismo, ahora en declive, ha contribuido también a la preservación de la primacía del hombre; hizo del divorcio su enseña y bandera, combatió al matrimonio religioso, porque –decía– ejerce sobre la sociedad una influencia funesta y es la causa determinante de la mala distribución de las riquezas. Y así la propiedad no es el resultado del trabajo, sino un hecho fortuito.

De ello no es difícil extraer como consecuencia que el comunismo ha tratado de destruir la familia, para comunizar la propiedad privada y ¿quiénes fueron los pensadores y creadores del comunismo?... ¡hombres! No encontramos en la historia el nombre de una mujer como inspiradora fundamental de ese espacio político. Por eso que el divorcio nace, como el comunismo, en las épocas de la decadencia, reverdece en los tiempos modernos a los impulsos de las revoluciones y, lo peor, después de imponer sus métodos dejan a los pueblos en la confusión, desorden moral y social y en un desconcierto. En ese panorama se consuman malos matrimonios, inspirados en el interés, el capricho masculino, la pasión y la concupiscencia, multiplicándose los hogares destruidos sin esposos, sin madres, sin hijos, sin pudor y sin amor y... ¿quién afronta exitosamente esa desolación para imbuir amor, educación y valores a los hijos con destreza sin par?... ¡únicamente la mujer!.

## Capítulo 17

# Celos

Otra confirmación de la madurez de actitud de las mujeres frente a los celos es notoria. Los celos femeninos difieren del que sienten los hombres en su intensidad que es consecuencia de su estructura sentimental y no tiene origen en la inseguridad. Los hombres, en un elevado porcentaje, imaginan situaciones y hasta hechos, llegando al extremo de admitir en el subconsciente que su pareja tiene relaciones sexuales con otro hombre –resultado de su fijación en el sexo, que añadida la imaginación, hacen concebir en su mente que su parcela sexual está siendo invadida por un extraño– la priorización que asigna el hombre al aspecto del comportamiento sexual de su compañera le produce una latente intranquilidad, sólo y fundamentalmente, por ese tema. No afloran celos, por ejemplo, de un mejor desempeño profesional y de una mejor y más cimentada personalidad -esa posibilidad deja el hombre discurrir sin oponer quejas o molestia, pues sus celos están centrados por la índole sexual y es causa, aunque sólo por el agobio de su imaginación, a la tendencia de abandonar a las mujeres que les provocan celos frecuentemente.

No se puede obviar, asimismo, que muchas mujeres encuentran un atractivo muy peligroso en los hombres celosos; eso es muy extraño y hasta deriva en un virtual masoquismo, al aceptar esa característica para lograr una mayor atención de su pareja y quizá hasta seguridad.

¿Son los celos un sentimiento sano o enfermizo?...esta duda se plantea cotidianamente y por lo que se extrae de criterios de especialistas, los celos controlados mejoran la estabilidad de una pareja. Con ello se está muy lejos de creer que esa aseveración sea producto de un saber verdadero e imparcial, pues,

sigue siendo exacta la antigua verdad que solamente tenemos ojos y oídos para aquello que conocemos. El hombre, poniendo fin a un matrimonio por celos creados por su imaginación, se asemeja a aquél aficionado profano a la música que sólo percibe la impresión del conjunto, en contraposición la mujer, controlando el sentimiento que no deja de ser inquietante y desestabilizador, asume las características de un músico profesional que oye en el acorde de la orquesta todo instrumento y toda nota. Con esa actitud la mujer en la mayoría de los casos salva su matrimonio, siempre y cuando encuentre un mínimo de encuentro y reflexión en el hombre. Mas todo tiene su medida y su límite, y de la misma manera que, como ya son conocidos, la soberbia y los complejos de afirmación viril en el hombre, hace que éste a fuerza de reforzar ese sentimiento negativo se torna incapaz de oír y ver. Esta transición, cuya culpa se atribuye totalmente a su formación y a la propia sociedad, tiende a convertir al hombre en un ser de prevalencia interior; está tan ocupado en lo que sucede dentro de sí mismo, que les ocurre lo que a un hombre apasionado que pasa en la calle por delante de sus mejores amigos sin verlos. Esa actitud mantiene con su propia mujer y con ella asfixia al diálogo y al resultado, que es la avenencia.

Para observar lo que sucede en un matrimonio, tal lo hace la mujer, se requiere de una cierta apacible limpieza de mente, que no esté distraída, preocupada ni sujeta a complejos. Distorsionar ese favorable ambiente es como echar a perder las propias observaciones del matrimonio, porque no se quiere ver y se actúa en la intimidad del hogar, como en todas partes, cargado con un arsenal de filosofía e hipótesis.

En el hogar, hay que hacer una similitud con las investigaciones naturales, y, consecuente con ello, al llegar a una conclusión, no se espera o peor, exige, que se le dé inmediatamente la razón, sino que se escucha y estudia cuidadosamente lo que tiene que decir la pareja, dándose por satisfecho si en ocasiones la mujer asiente con las conclusiones —eso es diálogo preservador de unión e inteligencia!

El diálogo se alienta en lo vivo, en lo que deviene y se transforma, y no en lo hecho y rígido. Por esa razón, en la cual se incardina la mujer, tiene tendencia a lo divino y sólo tiene que ver con lo que depara el futuro, con lo que vive y en la panorámica del entendimiento para comprender el inmensurable alcance de una relación íntima y, aprovecharla.

---

Aquí se ve raramente grandes intenciones y un respeto profundo por lo verdadero y honrado. El hombre pondera al otro para que el otro lo pondere a él, pues lo verdaderamente grande como es el amor y la lealtad molestan, y de buena gana las borraría del mundo, para quitarse esa incomodidad que le martilla la conciencia. Así es la masa, y algunos hombres que sobresalen y se jactan de sus relaciones, no son los mejores.

Quando el hombre cae en esa confesión estrecha y la profesa ya no es posible una observación fiel. El machista decidido verá siempre por los ojos de los machistas. Ahí reside la causa de la falsa concepción del mundo de estos teóricos acomplexados que siguen una tendencia exclusivista y las situaciones y hechos que viven ya no se les aparecen en su natural pureza. ¿Cómo se puede creer en un hombre de esa constitución interna, cuando nos presentan la realidad de la vida con una fuerte mezcla de elementos subjetivos?

Los hombres son verdaderamente curiosos, normalmente se satisfacen de poder hablar empíricamente de las cosas, cuando existe una profundidad para reflexionar y mejorar su actitud frente a la vida. Actúan como aquellas personas que, cuando se hiela un lago acuden en multitud y se divierten en su superficie lisa, sin preocupar a ninguno la profundidad del lago ni de averiguar qué clase de peces nadan por debajo del hielo y, los hombres son así, y no hay manera de modificarlos, por el momento.

Lo paradójico es que los hombres hallan la verdad en su relación con la mujer, pero la vuelven a retorcer, no comprendiendo que la humanidad requiere urgente la igualdad de la mujer que sería un hecho positivo a transmitir de generación en generación, y además ese hecho positivo por su implicancia con el tiempo, es lo justo y lo verdadero.

## Capítulo 18

# Clamor de igualdad plena

De esta forma se podría resolver un problema que está al alcance de la humanidad y no persistir y tratar de comprender lo trascendente, menos esperar a volver a tener encima la confusión y la inseguridad que persigue a los hombres. Lo mejor es oír la voz inconfundible de la conciencia que exige igualdad y, para mantenerse en ese camino, es deseable no dejarse perturbar por la sociedad y las instituciones sin evolución; hay que mantenerse en el objetivo con tranquilidad dejando que los otros marchen a su guisa; es lo mejor.

Lo anterior nos conduce ineluctablemente a confirmar que existe algo demasiado importante que la humanidad debe equilibrar en lo tocante a los derechos, igualdad y presencia de la mujer en todas las actividades que transforman a este mundo, sin exclusión ni limitaciones. Y no nos encontramos en un camino inexplorado, debido a la ineludible persistencia de la mujer en su lucha por el objetivo. ¡Qué envidiable diferencia actual entre el hombre y la mujer!; ella tiene sus objetivos y da los pasos necesarios que algún día puedan llevar a la meta, comprendiendo muy inteligentemente que cada paso debe ser meta, sin dejar de ser un paso. El hombre, ignorando esa actividad incesante y, peor aún, no involucrándose en su solución, simplemente vegeta.

El hombre es distinto en sus diversas edades, pero no puede decirse por ello que se vaya haciendo mejor, y en ciertas cosas puede tener tanta razón a los veinte años como a los sesenta, pero en el tema de la igualdad de la mujer no demuestra energía ni participación pues siente el peligro en la disminución de sus dominios, entonces, aparenta cordura y militancia en el movimiento, sin sentirlo ni volcando todo su interés, que le elevaría muchísimo en la historia.

Es un verdadero error creer que nadie mejor que él puede saber lo que le conviene, y por esa vanidad se pierden muchos y otros andan extraviados. Ahora en el siglo XXI ya no estamos en la época de extraviarnos, se tienen los consejos de los viejos; a ellos se les puede perdonar el error pues recaían en los mismos tanteos y extravíos. ¿Entonces, de qué serviría esa fundamental experiencia si los hombres actuales fueran a recorrer las mismas sendas? ¡Así no hay progreso nunca!; por la simple realidad de haber venido después se le exige más al hombre y en un futuro cercano se podrá afirmar "se le exige más a la mujer y al hombre". Hay que desterrar la eterna pugna que uno tenga más razón que el otro. Sin duda que el mundo se ve distinto desde la llanura, desde la montaña de media altura y desde los picos más elevados. Desde algunos puntos citados se ve más mundo que desde otros; pero eso es todo y ahí debe periclitarse la dialéctica.

¿Por qué el hombre tiene miedo o temor a dejar su obra en la lucha por la igualdad de la mujer? La respuesta estriba en que el hombre, en su comprensión de un problema de ineludible solución, posea la capacidad y buena intención genuinas, expresando su disconformidad con sentido de pureza y honestidad, algo que le corroe por muchos siglos, diciendo fiel y abiertamente, sin segunda intención, lo que piensa. En este caso, único, el hombre recién podría reclamar su autoría en la reivindicación de esta injusticia y sus actitudes, cuando se hicieren, continuarán estando bien, aunque el propio hombre se desarrolle y modifique cuanto quiera; no importa pues solucionó el problema principal.

En esta consecuencia cabe una observación incontestable: cuanto hacemos tiene consecuencias. Pero no siempre lo justo y razonable produce consecuencias felices, ni transformar lo establecido es a veces lo más agradable, pero hay que emprenderlo en función a la equidad y la justicia.

¡De qué serviría la educación y formación académicas si no tratásemos de inclinarnos a buscar la justicia! Frente a naturalezas contrarias a la propia se debe dominar para poder convivir con ellas, y como causa se hace sonar en el interior, recibiendo como efecto que varias cuerdas se desarrollan y perfeccionan, de modo que pronto uno se siente capaz de afrontar cualquier disimilitud. Una actitud de ese alcance, hace retornar a la realidad, dejando totalmente las preocupaciones subjetivas y buscando afanosamente la objetividad que tanta

soledad y posiciones desventajosas depara. Aun así, se alcanza muy pronto el sosiego al impedir que se mantenga este abuso de poder y las mujeres ya no se conformarán con un pasar modesto y en espera de mejoras lentas. Si bien es conocido que no se puede hacer perfecta la humanidad, es posible llegar a una organización justa y equilibrada en derechos y oportunidades -las cosas mejorarán en su situación- el egoísmo y la envidia disminuirán en su labor perturbadora y se establecerá mejores condiciones de relacionamiento humano.



## Capítulo 19

# Espacio propio

Se inculca que lo más razonable es que cada cual se atenga a la profesión para que ha nacido y aprendido, no impidiendo a los demás hacer lo propio, la mujer tiene ese mismísimo derecho y nadie que no entienda esta justa igualdad debe osar poner sus manos en ello.

Los hombres pensantes deben sopesar la ventaja de haber nacido en esta época, donde además de los acontecimientos mundiales que se han sucedido y se suceden unos a otros, el problema inconcluso de la plena igualdad de la mujer es un formidable reto para enmendar siglos de yugo, discriminación y explotación de la mujer. Rige por ello a la humanidad, la consecuencia de la mujer, que no ha defecionado un ápice en su justísima aspiración, más bien la ha globalizado, ante la evidencia de treinta años atrás, cuando los planteamientos y demandas de la mujer tenían eco ciudadano; hoy este movimiento tiene fuertes influencias secundarias en el campo, donde los caracteres de necesidad, igualdad y emancipación, determinan los rasgos fundamentales de la demanda, que no es circunscrita sólo a la mujer letrada sino a la mujer del campo con educación elemental o sin ella, pues tiene conocimiento innato y fuerza para estructurar el cambio.

La región del amor, del odio, la esperanza, de la desesperación y de todos los afectos y pasiones del alma, provengan de donde provinieren, ésa la domina la mujer de un modo innato y con distancia y siempre será capaz de expresarla; por ello es mejor revertir esta situación de desigualdad en todos los ámbitos reservados para el hombre, a la brevedad, en un tiempo inmediato. Ya

---

transcurrió el tiempo en el cual la mujer transigía con una solución mediata y al habérsela sobrepasado, no queda alternativa alguna de detener el proceso.

Este problema está por encima de las naciones y de odios nacionales que son más fuertes y más violentos en los grados inferiores de la civilización. Y por la realidad de estar por encima de las naciones, ese odio desaparece, por el influjo de la mujer y sus demandas, haciendo que éstas, como únicas, se sientan en el país o nación vecinas como propias, confiriéndole universalidad al problema.

La mujer en sus demandas tiene muchos enemigos (hombres y también mujeres); su número es legión y todos actúan silenciosamente. Así, la mujer tiene enemigos por insensatez: son aquellos que no entienden la dimensión de la pertenencia de sus demandas, sin imaginar que la igualdad de derechos y oportunidades en el mundo es lo más sensato que se puede aspirar. Censuran a la mujer por su inconformismo y por tratar de dejar su rol sumiso y de dependencia del hombre. Fácilmente se infiere que esta categoría de enemigos fastidian bastante pero no saben lo que hacen.

## Capítulo 20

# Rango de los enemigos de la mujer

Otro rango también numeroso lo constituyen los envidiosos: hombres mediocres, sin horizontes claros y agobiados por la frustración. Esta gente no perdona a la mujer por su indeclinable lucha y las honrosas posiciones que conquista progresivamente con su talento y virtudes. Éstos carcomen la gloria de la naturaleza de la mujer y la relegarían de buen grado. Sólo admiten a la mujer en su rol de la maternidad y las labores de casa. Dejarían de atacarla si se mantuviese en ese reducido ámbito. Luego existe un gran número de enemigos porque su presencia en el mundo no es tan destacada como la de la mujer. Se convierten en enemigos porque su naturaleza no se equipara a la grandeza de la mujer y, aun habiendo hombres de gran capacidad insertos en este número, no perdonan a la mujer que les oscurece en sus objetivos y en sus dominios.

Por fin se encuentran a los enemigos de la mujer, por su condición de mujer, y tener como todos defectos y debilidades, pero, como la mujer se preocupa por sus derechos e igualdad plenos, se dedica seriamente a su formación y trabaja sin descanso en su perfeccionamiento obteniendo progreso y liberándose de sus defectos antes que el hombre. Consecuentemente, piensa mejor que el hombre y por esa diversidad en la manera de pensar y diferir en las opiniones, es la primera en concluir que, apenas si en un árbol podrán encontrarse dos hojas iguales; y no se extraña que entre millones de hombres apenas pueden encontrarse dos que piensen y perciban la vida con armonía.

Ciertamente, hay muchos hombres que están habilitados y son capaces de referirse con acierto y precisión sobre las demandas de la mujer; pero no se interesan hondamente y se limitan a arañar en la superficie; tónica por la cual se

---

posterga sistemáticamente la irrupción de un nuevo escenario de derechos y oportunidades para la mujer. Y no hay que asombrarse de esa actitud ambigua si se piensa en el enorme esfuerzo que significará para el hombre medirse con la mujer en igualdad de condiciones. El hombre se siente obligado por las sociedades y las instituciones estáticas con su desarrollo a mantener la hegemonía, por ello, no puede fijar su atención en arraigar la propuesta que su subconsciente le reclama y necesita una muy potente naturaleza para no disiparse en humo en medio de exigencias tan contundentes.

Ese sería el paradigma de un hombre completo que, como conjunto todas sus acciones, cualquiera sea el objeto de ellas, tiendan a la justicia. Esto vale mucho, porque el hombre sabe que la mujer está animada de la más noble benevolencia, del más puro amor a los hombres y su alma quiere apasionadamente lo mejor para este mundo. Con esa natural disposición, hay en la mujer mucho de divino. Ella desea hacer dichosa a la humanidad entera, pero el amor que engendra no es alcanzado en su dimensión. Por ello surge la diferencia, que así como un tronco arde porque encierra materia incandescente, una mujer se hace célebre porque hay en ella materia apropiada para ello. La gloria no puede buscarse, es inútil afanarse en perseguirla. Un hombre puede llegar a hacerse un nombre por su conducta razonable y utilizando toda clase de artificios; mas si carece de la riqueza interior necesaria, su nombre es flor de un solo día.

Lo increíble en cantidad que puede hacer el espíritu para la conservación de la energía de voluntad y las fuerzas para no claudicar en los objetivos, discurren definitivamente hacia la mujer y no hay nada que el hombre pueda forzar en su permanencia por siglos y siglos; la mujer trabajando aguarda la buena hora y, es mejor y más inteligente militar con voluntad en ese empeño ecuménico, antes que quedar intelectualmente desfasado.

Sería decisivo que de quien se quiere aprender sea conforme con la propia naturaleza; pero eso es imposible pues de la mujer se deben aprender su grandeza y su elaborado espíritu así como su potencia en comunicar el amor. Las facultades que se poseen al nacer, iniciales por cierto, se complementan con el desarrollo que se debe a las influencias del mundo que nos rodea, acción de apropiación conforme con la naturaleza de los hombres y, en esa fontana de la

cultura lo principal es un alma que ame la verdad y que la perciba dondequiera que la encuentre. Ahí está el abismo subjetivo en que se sitúa el hombre, sabe que la verdad está en la igualdad, los derechos y las mismas oportunidades para la mujer, conoce la verdad, pero no la recoge.

Existe una mayoría de hombres que no conciben el universo, o los problemas del universo, con los que lo confunden como algo sin orden. A muchos, ni siquiera se les plantea el problema, porque las sociedades arrojan modelos establecidos, que se asimilan en un principio como mejor se pueda y luego, se desarrolla o modifica, descubriendo, en el mejor de los casos, arbitrariedades e injusticias que no se asumen como temas pendientes y obligatorios que conciencialmente deben recibir una solución, y esta solución no llega a pesar de saber que se trata del ser más importante de la creación.



## Capítulo 21

# Lucha ineludible

El mérito de la mujer de haber iniciado este desafío constituye una expresión clara de su apego a la calidad del ser humano: perfeccionista, perseverante y amante de la equidad y la justicia en las múltiples dificultades de esta vida. Nunca podrá obtener la perfección, aún a base de voluntad férrea espartana, pero el monumental objetivo ya tiene movimiento propio con los habituales riesgos de equivocarse y, de hacerlo, estos errores tienen sustento sin solución de continuidad. Las mutilaciones que sufre la mujer en esa transición están siempre signadas bajo el imperativo de la preservación del objetivo y la lealtad en las relaciones humanas. Aquí la mujer demuestra notable consecuencia en su amistad y entrega pues difícilmente acepta la alterabilidad en la relación humana, aunque existan diferencias intelectuales, de formación, de experiencia, ya que nunca subordina los valores éticos y morales a esas diferencias circunstanciales.

Todos los seres humanos, en sus ráfagas de inteligencia, entienden que la misión en este mundo es trabajar incesantemente en la elevación del alma. Un hombre verdaderamente capaz sentirá por naturaleza esta necesidad, y el estudio de los grandes predecesores es la característica de los hombres eminentes. En esa orientación muchos hombres eminentes del pasado cercano piensan que la mujer tiene más conocimiento del mundo; su mente está mejor provista de observaciones y su posición frente a la sociedad es más provechosa. Las mujeres son los únicos seres humanos que experimentan una transición beneficiosa a medida que acumulan años: cuando dejan de ser bellas se dedican a ser buenas, que es su característica, con mayor intensidad. Reemplazan sutilmente, para mantener un equilibrio de influencia sobre los hombres, la belleza en el ocaso por la utilidad. Son las únicas que aprenden una multitud de

---

servicios grandes, medianos y pequeños, y nadie puede rehusarse a afirmar, inclusive los misóginos a ultranza que, la mujer es la amiga más tierna y útil cuando un hombre se enferma; concluyendo que es extremadamente difícil encontrar una mujer vieja que no sea buena.

Otros eminentes hombres indican que la mujer cuando acepta amar a un hombre más joven que ella, es más prudente a la hora de conducir la intriga que previene las sospechas. Y esto es realmente cierto, pues si el affaire llegare a ser conocido, las gentes consideradas han de verse indulgentes con una mujer mayor, que amablemente se ocupa de un joven y lo ayuda en su formación, sus costumbres por medio de buenos consejos y le previene de las prostitutas.

Y, finalmente se encuentra una afirmación categórica proveniente del hombre eminente que refleja con el argumento de la física y la gravedad que, la mujer, como todo ser viviente que anda erguido, cuando envejece, la deficiencia de los fluidos que llenan los músculos aparece primero en la cara al verse floja y arrugada, luego el cuello, luego los brazos y los senos; en tanto que las partes bajas se mantienen frescas hasta el final; de tal modo que si uno, hipotéticamente, cubriera la parte superior hasta la cintura y se ocupara tan sólo de lo que está debajo de aquella, le sería imposible distinguir a una mujer vieja de una joven. Y como en la noche todos los gatos son pardos, el placer del cuerpo con una mujer mayor es por lo menos igual y con frecuencia superior. ¡Observación maravillosa de la mujer que, aún en el ocaso, es nítidamente más vigente que el hombre!

Sin duda, a pesar de los tangibles esfuerzos que hace la mujer con propósito de lograr una sociedad en la cual mujeres y hombres disfruten de igualdad de derechos y oportunidades, seguirán existiendo bribones con naturaleza mezquina que impidan la culminación de esas aspiraciones. Pero en el hombre noble, en cuya alma Dios ha puesto la capacidad en lo futuro, grandeza de carácter y elevación de espíritu, se desarrollará magníficamente ese sentimiento y se esforzará empeñosamente en nivelar esa desigualdad.

Así como en la naturaleza existe una parte asequible y otra inasequible, la mujer y el hombre en esta vida deben tener en cuenta esta distinción con el mejor cuidado. El hombre lograría mucho si pudiera hacer en todos los casos esta

distinción, aun cuando es difícil saber dónde acaba lo uno y dónde empieza lo otro. Si el hombre no se ha percatado que debe vivir con su compañera en armonía sentimental y en igualdad de competencia en la realización profesional, corre el riesgo de atormentarse toda su vida, explorando y persistiendo en lo inasequible, que es privar a la mujer en sus derechos y disfrazando la verdad hasta su ocaso. ¡Qué vida tan inútil e infértil!

Pero si el hombre se atiene a lo asequible, y a fuerza de compulsar esa injusticia que sobreviene por esta irreflexión a través de los siglos, logrará alcanzar algo de lo inasequible y procurará paz a su espíritu y tendrá que confesar que muchas cosas de la mujer pueden conocerse hasta cierto punto, lo que no significa que por ello se mantenga el precepto interior de dominarla y someterla. Persistir en esa actitud es como increpar a la sencillez de la vida; es no equipararse al suelo, esa tierra generosa y a la vez miserable que lleva miles de años soportando cosechas y sus fuerzas son siempre las mismas. Con un poco de lluvia y sol reverdece todas las primaveras, y así perennemente. La mujer es como la tierra; sus esfuerzos nunca dejan de reverdecer y aunque el hombre atropella esos brotes deliberadamente, es inútil ir contra ese incontenible proceso. De análoga manera, a la situación de un árbol que crece en una cima de un cerro pedregoso y abierto a todos los vientos, tiene una forma distinta del árbol que crece abajo, en el terreno blando de un valle protegido. Ambos son hermosos, aunque tengan un carácter diferente, pero los une la afinidad, elemento que concentra a las mujeres de todo el mundo en una misma aspiración, aunque las separe la vasta geografía, -sin perder nunca la situación del objeto y el sentido de sus vidas-. Por eso es que las mujeres tienen razón al tomar partido siempre y leen muchos libros para encontrar en ellos alimento para su corazón y hallar un héroe a quien amar; pero no se limitan a que les agrade tal o cual carácter, sino comprenden el libro entero.

Con esa constante aprehensión de lo intelectual, hay que darse cuenta que la generalidad de los hombres no tiene una naturaleza tan sensible como las mujeres y viven tranquilamente sin conceder gran importancia a las constantes expresiones exteriores traducidas en equiparar de una vez por todas a las mujeres en derechos y oportunidades. En el fondo, el hombre manifiesta inconfundiblemente que sólo reacciona ante el medio y la influencia dentro de las cuales ha nacido y crecido. Si no le exigen en su actitud hacia un cambio de

mentalidad y a concluir que la mujer tiene exactamente sus mismas capacidades, permanece dichoso viviendo en las actuales circunstancias que le favorecen. Así cae inexorablemente en la falta de carácter, defecto que origina graves daños, porque su pensar y quehacer hace pasar lo falso por verdadero, o arroja a la crítica de la historia una pobre verdad a costa de algo grande y evolutivo que priva al mundo de una sociedad equilibrada, justa, donde los actores principales, mujer y hombre, sólo los diferencia el sexo, pero no los derechos y las oportunidades.

## Capítulo 22

# Rémora cómplice

Psicológicamente podría pensarse que esa deplorable rémora en la solución definitiva de la plena igualdad de la mujer es achacable, en los hombres intelectualmente bien dotados, a que no pueden hacer nada improvisándolo, sin más; dicho temperamento les exige que tengan que penetrar reposadamente en el problema latente que deben enfrentar. Esa actitud impaciente al mundo, porque es difícil obtener de ellos lo que se desea urgentemente; aunque se quiera disfrazar esa voluntaria dilación con el argumento que de esa manera se producen las más meditadas acciones.

Habría que aprender de los antiguos que no solo tenían grandes intenciones, sino que sabían ponerlas en ejecución. En contraposición, los modernos también tienen grandes intenciones; pero pocas veces disponen de la fuerza necesaria para vencer con toda su energía sus propios intereses.

Actualmente las mujeres conforman, para sonrojo de los hombres, una minoría en igualdad y oportunidades, sin visualizar que todo lo grande e inteligente existe en la minoría. La historia nos dice que, en infinidad de ocasiones, la minoría tenía en su contra al rey, sus ministros y parte del pueblo y que tuvieron que imponer solas sus grandes aspiraciones. Las pasiones y los sentimientos pueden ser populares, pero en este problema la razón está en poder de la mujer.

Y, aunque el mundo en su conjunto progrese, la juventud tiene que volver a empezar por el principio, y cada individuo ha de recorrer por todas las épocas de la cultura de la humanidad, constatando que falta algo y que no es superior a sus

fuerzas, aun así, la igualdad de la mujer sigue relegada. Ese conformismo deja tranquilos y despreocupados a los hombres, no interpretando que lo que hace productiva a la humanidad es la contradicción; sólo los tontos carecen de preocupaciones.

Para saber certeramente que la mujer está en poder de la razón en el contencioso social de la igualdad, basta preguntárselo a los niños, como ejemplo de sinceridad y candidez; ellos saben cómo diferenciar las cerezas y las fresas. Los niños tienen un olfato tan fino y sutil que, todo lo huelen y descubren, y muchas veces lo peor. Saben perfectamente en qué relaciones están sus padres frente a cada uno de los problemas del hogar y las aspiraciones de los progenitores y, cuando ocasionalmente se les pregunta si su madre tendría derecho a desarrollar una profesión y realizarse, por regla general, como no conocen el disimulo, contestan afirmativamente, pues contemplan a sus padres sin discriminación ni preferencia, amándolos por igual. La pregunta es un excelente barómetro para obtener el grado excepcional de observación que poseen los niños.

## Capítulo 23

# Producción literaria

Otro elemento de discriminación a la mujer es la crítica literaria a la llamada escritura femenina, haciendo una clara distinción entre literatura masculina y femenina; cuando la expresión intelectual del ser humano es única y no se debe continuar con el prurito de endilgar a las mujeres que, cuando escriben literatura están pensando en sus vindicaciones sexistas.

Es evidente que no existe una producción literaria similar en cantidad a la de los hombres, esto se debe a la preferencia de los editores a autores masculinos, actuando con la suposición, no comprobada, que la mujer asume una perspectiva diferente en el tratamiento del lenguaje, contenido y estructura; pretendiendo con esa preferencia discriminatoria preservar las esencias masculinas.

La mujer en su literatura, aunque no tiene todavía un acceso igualitario a la publicación, es, en su exposición, más explícita y cabal en el contenido; basta solo observar los temas de las deformaciones sexuales que son tratadas por la mujer con honestidad; aspectos de la sexualidad masculina que escasos hombres estarían dispuestos a admitir. Y, aunque no hay categoría para literatura masculina o femenina, se la practica en las actitudes generales de comportamiento e implícitamente, aunque es una aberración clasificar, el hombre que escribe, se inscribe automáticamente y por derecho de nacimiento a esa categoría.

Todas estas actitudes, tan simplonamente aceptadas por la sociedad y el mundo de las letras, tiene como avanzada el objetivo de preservar la prevalencia del hombre en todos los órdenes y, para ello se utilizan sub terfugios semánticos

para atribuir que la literatura del mundo es originaria del hombre –mucho olvidan que, por la dominación ejercida por el hombre, innumerables ideas e inspiraciones de igual cantidad de obras escritas por hombres, han sido concebidas y transmitidas sin pago de derechos de autor a sus cónyuges, por las mujeres.

## Capítulo 24

# Suficiencia fisiológica

Las féminas, por esa nobleza ancestral, no son proclives a sostener disputas con los hombres sobre potencialidades sensoriales que, según afirmación de los propios científicos, hombres también, son superiores a las equivalentes de los hombres. Los científicos afirman que los hombres utilizan solo la mitad del cerebro para escuchar y las mujeres el cerebro completo.

La suficiencia del hombre se manifiesta hasta fisiológicamente; sólo usa la mitad izquierda del cerebro. Por el contrario, las mujeres para escuchar utilizan sabiamente ambas partes de la masa encefálica. ¿La razón?... se debe a que dedican, las mujeres, más volumen cerebral a esta función. ¿No es extraordinario que la audición del mundo externo, su complejidad expresiva y la inevitable distorsión lingüística, ocupe, para su esclarecimiento y comprensión mayor parte del cerebro?

El resultado obviamente debe ser que las mujeres procesan el lenguaje y los sonidos de diferente manera que los hombres, lo que justifica la inmensurable percepción global, raciocinio, selección y finalmente, generación de la mejor idea, planteamiento o decisión por la mujer.

Científicamente, por el estudio de una universidad norteamericana, se prueba que al escuchar un texto hombres y mujeres, el flujo sanguíneo, que es actividad, se manifiesta en los hombres en el lóbulo izquierdo mientras que en la mujer ambos lóbulos muestran febril actividad.

Lo anterior, en ninguna circunstancia, es una expresión de superioridad de la mujer en la de audición; es simplemente una confirmación de la extraordinaria

---

capacidad de la mujer en el procesamiento de ideas que sustenta sus conocidas potencialidades en el raciocinio, comprensión y búsqueda de las mejores respuestas a las incógnitas de la vida. Ese equilibrio intelectual que estructura la mujer, motivada por su irrenunciable propósito de enaltecer las virtudes y practicarlas en el momento de su intervención es la constante de su vida que aporta a que esté menos propensa al error y a la injusticia.

No sólo se debe identificar a la mujer con todo lo femenino y las cosas y hechos delicados y tiernos; también por su constante aproximación a los valores, a los cuales en su continuo conocimiento y afán por abrazarlos, mejora ostensiblemente su espíritu, que le ayuda notoriamente a un mejor posicionamiento en la intensidad de su vida interna, consecuentemente, se perfila como mejor ser humano.

Las cosas y hechos delicados y tiernos también son parte integrante de la virilidad de un hombre, pues para probar que es muy hombre y no deje rastro o atisbo de inseguridad debe identificarse con lo sensitivo y ser autor de una vida espiritual sin límites.

Hay hombres "muy hombres" que solo conciben, para probar su virilidad, asistir a una pelea de box, pero rechazan al teatro, a un concierto o a sentirse conmovidos por una obra literaria de raigambre sentimental. Ahí, surge el desequilibrio entre mujer y hombre, pues éste personaje es producto de una educación deformada. El hombre más equilibrado no recurre a ser ni Don Juan ni "muy hombre", pues sabe que, además de ser un buen amante, debe ser compañero de vida y amigo intelectual de su esposa, haciendo de ellos mejores esposos, y no permanece en la anacrónica posición intelectual y de actitud que la mujer cabal, según su modo de percepción y enjuiciamiento del mundo, es aquella que disfruta del papel que le ha dado la naturaleza y califica como enfermas o "raras" a todas las mujeres que se quejan por su posición inferiorizada. ¡Imagínense lo que piensa este "hombre de verdad" frente a los esfuerzos de la mujer por igualdad de derechos y oportunidades!

## Capítulo 25

# Relación de privilegio

Importante es, ante esta realidad, comprender que toda entelequia es parte de la eternidad, y los escasos años que transcurre unida al cuerpo, no la envejece ni deteriora. Si la entelequia es sublime y fortalecida con valores, no será dominada por el cuerpo y, éste, recibirá nutriente constante para ennoblecerlo que es fundamental para una relación de privilegio con la mujer; saltando briosamente la necesidad genuina y sincera de admirarse mutuamente, comprendiendo ambos que la igualdad plena es el sentido de sus vidas, pues, ante actividades diferentes, el conocimiento mutuo de la profundidad de sus acciones personales en su campo de dominio, los unirá y enriquecerá infamablemente, ascendiendo cada vez el termómetro de admiración, que convertido en una unidad, el sexo es sólo la fusión necesaria y biológica para ejecutar una acción estrictamente sensitiva.

Esa fusión, en la cual los componentes de admiración, reconocimiento, elevación del espíritu y finalmente deseo, escenifican una veneración sólida, siempre acumulativa del uno al otro, la diferencia de un encuentro corporal, sin esos maravillosos componentes, es solamente instintiva, sin aparente continuidad, donde ambos quieren alejarse rápidamente una vez saciada su lujuria.

Esa productividad intelectual de género elevado, la mujer y el hombre tienen que recibirla de lo alto. Tienen que considerarla como obra de Dios y agradecer haber comprendido la fuerza de la igualdad que les provee un conocimiento mutuo muy diferente al ordinario. Es, si se puede mencionar, análogo a lo demoníaco, que se apodera del hombre, lo hace persistir en tradiciones de superioridad ajenas a la realidad, a las cuales se entrega, de buena fe, inconscientemente, creyendo que el impulso y la venia social son sus protectores.

Es algo singular, en este caso específico de la igualdad de la mujer que, el hombre históricamente, ha recibido siempre como instrumento de un orden superior, inspiración a sus pensamientos que han propendido a cambios trascendentales válidos por siglos enteros, imprimiendo a esa época, con sus obras, una impronta que se sigue reconociendo su acción bienhechora. Entonces, surge necesariamente la interrogante fulminante de cuestionar la sistemática postergación de la igualdad de la mujer, en derechos y oportunidades ante tan conmovedores antecedentes.

En el fondo, es una insensatez no preocuparse de si lo que uno siente y lo comprende, es necesario culminarlo con acciones que sean coherentes a ese sentimiento, aunque, internamente podrían desfavorecer una situación imperante. Lo principal es que cada persona que haya vislumbrado la realidad actual de la mujer y la necesidad de equiparar derechos y posibilidades, posea una gran voluntad y constancia suficientes para realizarla, comenzando en su medio y extendiendo su influencia a radios de acción más extensos. Lo decisivo es que ese esfuerzo esté acompañado por la convicción y sea conforme a la naturaleza de ese sentir.

## Capítulo 26

# Entorno de influencia

Es cierto que al nacer poseemos las facultades iniciales, pero el desarrollo se debe a las muchas influencias del mundo que rodea a las personas, del cual se apropian ideas y actitudes que no siempre están conformes con su naturaleza. Lo principal es un alma que ame la verdad y que la recoja dondequiera que la encuentre y, ese es el desafío de una realización al atraer los medios del mundo exterior y hacerlos servir a los fines elevados. En esa dirección ningún ser humano puede desoír a su facultad e inclinación de distinguir y elegir lo justo y reproducirlo con actitudes que conduzcan al establecimiento definitivo de un mundo donde todos sus habitantes disfruten de los mismos derechos y oportunidades.

En general, la actuación de una persona en la vida es un reflejo fiel de su alma. El ser humano que quiera realizar actitudes altruistas y consecuentes a la dignidad, a la moral y a la justicia necesita ver claro antes en sí mismo; y el que pretenda y sienta ese impulso interno, debe actuar siempre acorde a esas premisas y, además, poseer un carácter elevado.

En esa definición de vida, a aquellos que ven clara esta realidad, les ocurre lo que a las mujeres. Cuando dan a luz, se proponen no dormir más con el marido; pero antes de darse cuenta de ello vuelven a estar en la dulce espera. El ejemplo sirve para denotar que en el camino a lograr la total igualdad de la mujer se presentan desalientos y optimismo.

La época más importante de la vida de un individuo es la de su desarrollo, época que en los hombres está comprendida la etapa de conocer el mundo por anticipación, es decir la cultura, no hacerlo así los convierte en ciegos con los ojos

---

abiertos. Luego comienza la etapa del conflicto con el mundo y éste tiene sólo interés si el estudio y la experiencia no son vanos. La fatiga y el trabajo han de ser característica de la vida y la observación minuciosa de la actitud grupal para evitar abusos de poder.

Y, luego... ¿qué es la vida de un hombre si no identifica los problemas de sus semejantes? La dicha verdadera se la consigue a través de un sentir y actuar genuinos, pese a las barreras, obstáculos e impedimentos que pone la vida cotidiana. El hombre consigue una posición elevada, no callando su sentimiento de igualdad para la mujer, para no molestar la opinión de los demás. En el fondo las gentes nunca estarán conformes con un hombre de esas virtudes y la sociedad siempre pretenderá que sea distinto a como Dios tuvo a bien crearlo. La sociedad, al hombre que trata de igualar al mundo, después de haberse esforzado día a día con estudio y experiencia, le exige todavía que ese hombre le dé las gracias por haber encontrado su obra soportable.

Esa clara y abierta actitud de la sociedad que, en cierta manera apaña el abuso de poder contra la mujer y sus derechos, es lo que fragua una gran revolución que ha iniciado la mujer centurias atrás. Las revoluciones son imposibles cuando las sociedades son justas, ecuanímes y preservadoras de la igualdad de derechos en los humanos, porque así se adelantan a ellas con reformas, leyes y cambio de mentalidad adaptadas al tiempo y no esperan peligrosamente a que los conculcados en sus derechos consigan hasta por la violencia lo que requieren para equilibrar el mundo: la irrupción de la mujer con plenos derechos y oportunidades.

El tiempo está sujeto aun eterno progreso y los quehaceres humanos muestran cada cinco décadas un aspecto diverso en lo cultural, técnico y arquitectónico, mas ese progreso no se evidencia en los derechos de la mujer, definiendo que la mayoría de las instituciones del mundo aparentemente perfectas, en el tema de la igualdad de la mujer, son sólo una antigualla.

## Capítulo 21

# Chapuza en las leyes

Para una nación, en la mayoría de los aspectos, sólo es bueno lo que ha salido de su propio ser y sus necesidades, sin imitar a otra, pues lo que es una fórmula adecuada para un pueblo, para otros puede ser un veneno. En lo que coinciden todos los pueblos es en dar solución a esa necesidad arraigada de la igualdad de la mujer y sólo ese género de lucha universal logrará éxito, porque la fórmula del sentimiento hacia la mujer, a sus potencialidades y a su postergado liderazgo es única para todos y radica simplemente en el cambio de mentalidad de los hombres y en el cese de vivir en base a tradiciones que empujan a la primacía del hombre. No comprender inteligentemente el cambio sólo postergará el éxito de la revolución, no la extinguirá; pues la mujer no espera que este logro sea obra de Dios, pues no interviene en tales desafueros. Cuando los pueblos sienten la necesidad de una gran reforma siempre consiguen imponerse. Esto, como ejemplo, fue visible en la doctrina de Cristo, porque los pueblos sentían la necesidad de una doctrina de amor. Ahora es el sentimiento de amor hacia la mujer y a sus derechos, tan válido como aquél.

Es significativo y curioso lo fácilmente que el hombre elude ponerse frente a la opinión pública respecto a sus pensamientos, coincidencias y admiración a la mujer. Aunque sienta en su interior y sea perceptivo a su conciencia sobre las aspiraciones de la mujer, prefiere asumir una actitud contemplativa y complaciente a los impulsos de la sociedad. El hombre que quiera producir efecto político tiene que entregarse a sus convicciones, sin observar la aceptación o popularidad, desterrando desde su palestra o con su pluma prejuicios nocivos que dilatan la vigencia de la igualdad plena de la mujer. Con ese ímpetu se acaba con las ideas estrechas, se depura el espíritu del pueblo, se allana la equidad y se ennoblecen los sentimientos y las oposiciones. Y, los Estados y las instituciones deben dejar ya la chapuza en sus leyes y disposiciones; esta realidad produce actualmente el desencanto y frustración en miles y millones de mujeres.

Para concebir decisiones ecuánimes y con futuro los seres humanos deben guardarse de dos enemigos siempre peligrosos: uno es la pasión por la mujer que puede fácilmente tornar al hombre parcial, otro es también la apasionada inclinación a complacer a la sociedad. En este tema de la mujer y sus derechos, el hombre debe mantenerse en una posición particular, siempre puro y dueño de sí mismo, porque si permite la influencia de los intereses y da rienda suelta a su estimación por los órdenes establecidos pronto perderá toda autoridad.

Consecuentemente, es un error grave creer que un cambio trascendental en la posición de la mujer, su igualdad y derechos, puede hacerse con hombres mediocres y, así como se tienen en sí mismo fuerzas análogas a las magnéticas, la mujer percibe el ejercicio de una acción atractiva o repulsiva, según la actitud del hombre a sus nobles planteamientos.

Las revoluciones tienen la característica que los extremos son inevitables y consecuentemente dolorosos. En las revoluciones políticas no se pretende, por lo común, más que el cese de los abusos, pero logrado ese objetivo, inopinadamente, comienzan los horrores y el derramamiento de sangre. Luego, las sociedades comienzan a considerar como inicua la represión de los sentimientos y de las acciones nobles y, en lugar de ellas, reinciden en toda clase de extravagancias. Esas inevitables fases se estabilizan con la irrupción del sentimiento genuino del pueblo que clama por subsanar sus errores e injusticias; y las exageraciones y degeneraciones desaparecerán progresivamente, posibilitando que emerja el amor al prójimo y la aproximación a los valores. Ahora gobierna la sensatez que ilumina a los dirigentes que pronto visualizarán que los derechos y la igualdad de la mujer es un camino de progreso que es causa común en todos los pueblos y está latente, cada vez con más vigor, en sus corazones; falta la decisión del hombre para establecer el orden, aunque sabe que esta revolución es un hecho irreversible que ha iniciado la mujer y ella le asignará el impulso si retacea el hombre en su decisión, por su observancia a la rigidez de la voluntad de la sociedad o el anclaje al machismo y a la presunta superioridad del hombre.

Esa es la gran dicha de ser gobernante y en ese Estado nadie se limita a vivir sino quieren gobernar y crear por sí mismos estructuras y leyes que hagan perennes su paso por la administración. Pero esa transición no puede ser feliz y

exenta de dificultades que impiden la realización de ese deseo de vanidad y gloria. El peligro acecha a aquellos gobernantes o administradores que buscan sólo la eternidad de sus obras y sus nombres, olvidándose que ese afán mezquino les enturbia la mente y endurece el corazón al sobrepasar y dejar a un lado los sentimientos y anhelos del pueblo, en este caso, de las mujeres que aspiran justamente a una igualdad y la administración que lo haga, en su real dimensión y alcance, no necesitará obras monumentales para recibir el reconocimiento y los plácemes de la historia.

Actualmente falta el impulso serio que estimula al conjunto del pueblo, falta el ánimo y excede el miedo al cambio, para hacer algo por amor a la convicción y a la voz de la conciencia. En todas partes se muestra esa falsa tendencia que es incomprensible, pues, se declara públicamente la disconformidad con la situación de las mujeres y se actúa erráticamente postergando la promulgación de los instrumentos jurídicos que respalden una plena igualdad. El estado de los derechos e igualdad de la mujer, hoy, se puede comparar con una fiebre aguda, la cual no es en sí buena ni deseable para la estabilidad de los pueblos; pero que definitivamente producirá como consecuencia una salud mejor, y el hombre en lugar de interrumpir ese estado febril, lo prolonga; por su disimulado miedo a compartir la primacía del mundo con la mujer y ser sobrepasado, posiblemente.

El origen de esta injusticia ancestral proviene de la educación que las sociedades han impuesto para beneficiar al hombre como figura clave de la civilización, sin considerar que la mujer, su congénere, posee las mismas condiciones intelectuales para compartir igualitariamente la conducción del mundo. Las diferencias biológicas que se remiten a la función de dar vida a un nuevo ser humano y su obligatoriedad moral de sumirse a la responsabilidad del desarrollo armónico y afectivo, ha sido siempre una presión a la mujer, para que no actúe libremente en las decisiones de conducción de la humanidad, hecho muy acentuado en generaciones precedentes, pero que hoy, se redime a la realidad, en la cual la mujer puede atender ambos espacios satisfactoriamente.

La mujer será mejor madre si se realiza como persona pensante y acuñadora de una gran potencialidad para accionar sin discriminación en el gobierno del mundo y, siendo el cuidado del recién nacido necesario hasta que asimile su protección y guía, que hoy no puede sobrepasar los 8 años, el resto es

supervisión que puede ser culminada exitosamente por las propias exigencias que el niño/adolescente plantearía a su madre, en lo concerniente a esclarecimiento y formación; fundamentales para erigirse como paradigma de su vida. El hombre tiene acceso a la educación superior, por preferencia, recibe el traspaso de imagen y ejemplo por "deus ex machina"; relegando a la mujer, después de una labor fundamental de consolidación del niño, que sólo ella puede erigirla, a una próxima repetición del ciclo; es decir, un nuevo embarazo.

## Capítulo 28

# Confrontación estéril e historia

Este proceso, *mutatis mutando*, se ha constituido en el punto gravitante de confrontación entre el hombre y la mujer. Aquél, esgrime la necesidad que la mujer, como se citó anteriormente, debe circunscribirse al rol asignado por la naturaleza, pues cualquier desviación de esa responsabilidad implicaría la desnaturalización de la maternidad y la educación de los hijos; admitiendo obsecuentemente que la mujer sería condenada al desprestigio y al oprobio si osara distribuir su tiempo entre el cuidado y la educación del niño y su propio espacio para su formación y ejercicio profesional. Atacan a la mujer en su estructura sentimental, sin considerar que esa presión deja a muchas mujeres sin posibilidad de desarrollar su extraordinario potencial intelectual que abriría brechas de alta dificultad a los hombres en los puestos de decisión que hoy acceden sólo hombres, que se miden curricularmente entre hombres.

Esta presión y desprestigio insensatos a la mujer no remite a lo contemporáneo ni medieval; Eva, la compañera de Adán, según relatan los libros del Génesis, sufrió, por su desobediencia al mandato de Dios, castigo de la historia en su reputación y suficiente desprecio y discriminación a su género. Eva, con su desobediencia, abrió y desveló el mundo de la realidad y la confrontación con la dificultad de vivir de la humanidad y su subsistencia. La figurativa imagen de Eva, la serpiente y el árbol del conocimiento del bien y del mal, refleja una mujer que seduce a su compañero, que no se resiste a probar el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal y sitúa a la humanidad, gracias a este acto, en su real dimensión de imperfección y sufrimiento por la constante de vivir.

La actitud de Eva refleja, como consecuencia, escritos y relatos totalmente antifeministas que hacen emerger a la figura del hombre como ser superior, dominador, exclusivo creador erigidor de la familia, relegando a la mujer a un simple objeto de apareamiento. Esta interpretación sesgada de los orígenes de la humanidad, ha servido ineluctablemente a escritores, relatores y transmisores de la historia a crear una imagen diferente a la grandeza de la mujer: han explotado abundantemente la seducción a Adán, que poco criterioso sucumbió sin sólida resistencia intelectual a la desobediencia, para denigrar a la mujer como un ser pérfido y desleal; cuando en suma lo que hizo fue aproximar al ser humano a su realidad, descubrir el sexo, la reproducción con dolor, el pudor y el sometimiento de la naturaleza humana a infinidad de plagas y debilidades. Gracias a Eva la humanidad observó y comprendió por primera vez la omnipotencia de Dios, estableciendo a la fe como único recurso para mantener la creencia en Dios y sus mandamientos.

Esa presunta perfidia de la mujer ha generado también el inicio de una discriminación intelectual y física a su presencia en las decisiones y participación igualitaria en la evolución del mundo que, la propia historia con prolíficos autores se ha encargado de asentar en la percepción de la humanidad.

En este hecho del Génesis nace el germen del futuro trato discriminatorio a la mujer, instancia inicial que no tuvo oposición y se incrementó con inusitada virulencia al transcurrir de los siglos, transmitiéndose por generaciones, como actitud preestablecida de la sociedad, sea cual fuere su dimensión y fuerza de influencia. Es el medio físico de una nación que ejerce un gran influjo sobre los sentimientos de los habitantes. Y, sin duda, un hombre que haya vivido rodeado de una naturaleza grave e inhóspita, tendrá que ser distinto a aquel que haya transcurrido su vida entre vegetación y flores alegres.

Esa influencia del medio físico establece diferencia de caracteres pero no de sensibilidad, lanzando una pérfida obsecuencia a esa realidad que difiere a su pasiva actitud; viviendo tranquilamente sin conceder importancia cardinal a los factores que no le turban. Si está dicho que lo innato, consecuencia genealógica, el suelo y el clima como el alimento, influyen para formar el carácter con los pueblos, éstos no pierden su sensibilidad por lo que debiera, la igualdad de los derechos y oportunidades de la mujer, ser un asunto concluido.

En el fondo, el hombre siente esa presión que no permite que aflore y se deja agobiar por la confusión e inquietud ante la posibilidad de un mundo donde su preponderancia sea paritaria. El hombre, por la brevedad de la vida, debe discutir y trabajar aún por los temas aún sin solución, con prioridad aquéllos en los cuales se vislumbra, con el cambio, la revolución de las estructuras de conducción de la humanidad; para ello la incorporación de la mujer es un hecho vital que asegura y patentiza una evolución. Actualmente el hombre ha caído en la inercia del rebaño, que le impide, añadido su propio interés de mantener la primacía, a rebelarse al rebaño y a la sociedad; no objetando más la igualdad de derechos y oportunidades de la mujer. No hacerlo es elegir vivir en el estereotipo del cual las mujeres, mucho tiempo atrás, huyen conscientemente, pues el objetivo está definido y tiene constante e irrefrenable impulso... es cuestión de tiempo...

Este cuadro no debe observarse con actitudes prosaicas que tienen tan escasa influencia en el desarrollo de las aspiraciones de la mujer, ya que toda etapa que se tiene que recorrer acarrea consigo virtudes y defectos que, en la época actual, parecen absolutamente conformes a las necesidades del hombre. En una etapa siguiente, en la cual primen las decisiones paritarias de la mujer y el hombre, las virtudes y defectos anteriores no dejarán huella; en su lugar ingresarán mayores cualidades y otros defectos, pero, en un nuevo orden que disipe definitivamente este estereotipo de la preponderancia del hombre.

El estereotipo es peligroso porque inhibe al hombre a que su vida, a través de sus obras, que son fragmentos de una confesión abierta, sea doblegada por la fuerza de la vanidad y el predominio del sexo, que determina una actividad contenida, llena de deseos insatisfechos, obstaculizados por el influjo del medio y la sociedad que, en las postrimerías serán máculas de ninguna época determinada, sino de todo individuo en particular y no se formará una buena imagen de aquél individuo que no haya alcanzado la fortaleza necesaria para actuar en correspondencia con sus nobles sentimientos.

Vivir tiene sus dificultades. El hombre no puede tener rica vida interior, pero pobreza en acción externa. Lo difícil es hacer que esa vida interior se manifieste en las injusticias al prójimo, expresando vigorosamente lo que se alienta en su pecho; no se valora a los hombres que sientan débilmente, que sólo hayan

---

aprendido superficialmente su rol en la vida, y mucho menos hombres y mujeres que no lo sepan.

El rol, si bien se mira, no pertenece a la evolución de la cultura del mundo, sino, afortunadamente, al curso de la vida individual de todo aquél hombre que, nacido con una tendencia a la libertad, no tiene que acomodarse a las estructuras de conveniencia y auto-satisfacción de un mundo anticuado.

El concepto de libertad está íntimamente unido a la generalidad y no a la libertad comprometida con la sociedad, el propio género y la tradición. La libertad propugna sin desmayos la libertad individual y la del prójimo, en este caso la mujer, a la cual se le concede libertad bajo ciertas condiciones, postergando sus derechos de igualdad y oportunidades; siendo que tales condiciones sólo deberían ser los límites que Dios ha puesto a la humanidad.

Esas son las tinieblas y claridades en la vida del hombre y su grandeza reside en el esfuerzo de estar constantemente iluminado y con la energía y disposición necesarias para suplir las injusticias de las diferentes épocas con la equidad y la ley. La mujer no puede ser víctima de la razón principal del poder de los hombres, atracción que consiste en que los hombres están seguros de conquistar sus fines por medio de la fuerza de la historia, la tradición y el apoyo indisimulado de las diferentes sociedades. La naturaleza del hombre, en general, es así. Nadie sirve al otro porque sí; pero si cree que sirviendo a la sociedad se sirve a sí mismo, entonces lo hace con gusto y crea el espectro de debilidades consentidas para obtener el partido conveniente. El círculo descrito es el que discurre, analiza, persuade a mantener el estado, afloja de vez en cuando y la mayoría de las veces conspira abiertamente con el fin de postergar, a fecha indefinida, la vigencia plena, con apoyaturas legales, de los derechos de igualdad y oportunidades de la mujer.



## Capítulo 29

# Posibilidad de grandeza

El hombre, para circunscribirse a un orden de grandeza, debe corregir esa injusticia por voluntad y convicción propias, antes que se la corrijan, pues sería inconsolable que quiera implementar la igualdad de la mujer, sus derechos y oportunidades para producir efecto político, y tan pronto como haya hecho esto, está perdido como hombre; tiene que desprenderse de su espíritu libre, de su mirada de soslayo y asumir la característica de la limitación y la mediocridad.

En general, cuando el hombre rehúye al conocimiento del mundo exterior, se nutre peligrosamente con el alimento del egocentrismo y sólo le produce placer la descripción y la observación de su propia vida interna. Conocer la realidad externa hace ver a los hombres que el mundo no es tal como lo habían imaginado, con la consecuente desilusión pero sin abandono de los ideales de justicia y solidaridad al prójimo que se constituirán en baluartes, en el afán de búsqueda de mejorar la humanidad; estado en el cual la región del amor, del odio, la justicia, de la esperanza y de todos los afectos y pasiones del alma, sean los que fueren, estén por lo menos equilibrados. Todo esto se aprende empíricamente; pero algunos individuos pueden poseer un conocimiento innato de ello. Lo ideal y deseable es pensar que más pronto que tarde, se reunirá lo Innato con la experiencia.

Lo anterior confirma ineluctablemente que somos seres colectivos ya que muy pocas cosas son verdaderamente propiedad del hombre. Por ese sentimiento de colectividad que debe residir en todo hombre es que las aspiraciones del prójimo deben ser consideradas como propias. Entonces, si se diese vigencia a la realidad que todos tenemos que aprenderlo, recibirlo y

mejorarlo de los que preceden a la humanidad actual, la igualdad de derechos y oportunidades de la mujer ya fuese un tema superado.

La causa de no haber llegado a ese estado que todo ser humano consciente y sensible observa como una gran deuda a la mujer, es que muchas gentes no comprenden esto y se pasan casi toda la vida tanteando en la oscuridad y evaluando sus prioridades personales, persiguiendo sueños de grandeza y eternidad que sólo limitan al hombre a una egolatría estable, muy difícil de liberarse, con el transcurrir de los años. Para evitar esta pérdida de objetividad de muchas gentes, sería excelente el desarrollo en común de las potencialidades humanas, deseo casi utópico porque el hombre tiene que formarse como un ser diferente a los demás, pero aceptando llegar a la idea de la comunión humana. El hombre no debiera preocuparse en su vida de las piedras y aprovechar mejor su tiempo, obteniendo al final de la vida una bella corona de diamantes; porque en la humanidad hay mucho de bueno que se define en la fuerza y la inclinación de atraer hacia las gentes los medios disponibles del mundo exterior, y someterlos solamente a fines elevados.

El genio y la creación están siempre muy próximos entre sí, pues el genio no es otra cosa que la fuerza productiva que engendra hechos dignos del hombre para presentarse a la bondad de Dios y, esa capacidad está, actualmente, ensombrecida por la disimulada, discutida y oprobiosa actitud de no establecer definitivamente los derechos de igualdad y oportunidades de la mujer. Consecuentemente, mientras este importantísimo alcance de la humanidad quede postergado o desvirtuado en sus sólidos fundamentos, los actos de los hombres no serán fecundos en consecuencias y menos tendrán larga duración.

La razón principal de la permanencia de las estructuras de poder del hombre es la tradición, afiatada metódicamente por la sociedad para guiar a los hombres a conquistar los fines que aseguran su prevalencia y, como es consciente de la conveniencia de mantener ese privilegio, no se rebela ni da a luz su conflictividad interior, que le rezonga ininterrumpidamente a reconocer que, no puede establecerse un mundo evolucionado, justo y equitativo sin la participación igualitaria de la mujer, dejando a un lado, roles biológicos, sino contemplando únicamente capacidades y potencialidades intelectuales. Los hombres deben

---

comprender lo peligroso que es elevarse en lo absoluto y sacrificarlo todo al mantenimiento de su histórica prevalencia.

Puede suceder, y no es fatalista el concepto, que, en una próxima igualdad de derechos y oportunidades de la mujer, el hombre, en análisis honesto, descubra que no se ha preparado adecuadamente para una competitividad. Por ello es prudente que el hombre, diligentemente, se libere de lo que hay de espíritu de oposición a la igualdad de derechos de la mujer por medio de un reconocimiento, en leyes y actitudes del significado de su evolución intelectual a través de la acción igualitaria de la mujer en todos los espacios de decisión que necesita una sociedad justa y libre de prejuicios biológicos y de sexo.

Si el hombre se guarda todo lo que hay en su corazón y persiste en la conveniencia de mantener el estado actual, cuando quiera expresarlo, el tiempo implacable, hará obsoletos sus raciocinios ante un movimiento y un impulso sin pausas de la mujer cuyo desenlace espera la humanidad para tributarle la honra debida; pues comprende que las mujeres son la única vasija que queda a los que aspiran a la igualdad plena de la mujer, para verter en ella toda la esperanza e idealismo.

La mujer, desde el inicio en el Génesis, siempre ha llegado a la cúspide de su fuerza creadora y, hubiese ido todavía más lejos si se hubiesen ampliado los límites de su acción. Pese a ese espectro social negativo, la mujer siempre ha patentizado el máximo de su capacidad, de cuya acción y resultados, el hombre sagazmente se apropia. Esa es la diferencia de nobleza y entrega que caracteriza a la mujer en sus relaciones con el hombre: mientras el hombre cuando mira a una mujer la desnuda con la vista, la mujer observa la vestimenta del hombre y elucubra cómo mejorarla.



## Capítulo 30

# Objetivos justos

Los objetivos vindicativos de la mujer no se reducen a constituir o consolidar un movimiento universal como el feminismo, que tiene tres líneas diferenciadas que paradójicamente dispersan la acción y los resultados: la línea liberal que agrupa a mujeres en la lucha por derechos específicos, básicamente jurídicos, que propenden a una igualdad legal y política. El feminismo radical determina al hombre y a la mujer como clases antagónicas, de cuya confrontación las mujeres se definen como género explotado. Así se llega al feminismo socialista, espectro social donde la mujer tiene la problemática específica de doblegar a dos grandes opresores de la humanidad: el patriarcado y el capitalismo.

Esos movimientos, aunque atónicos en su repercusión, asumen el instrumento para increpar a las contradicciones globales de la sociedad que por la acción de ella misma y del hombre, no encuentran una definición plena sobre la igualdad jurídica, derecho a la dignidad y al trabajo, con idénticas oportunidades que el hombre.

Independientemente de estas aspiraciones fundamentales dirigidas al logro de reformas legislativas que amparen el régimen social y cultural de la mujer, en general, el objetivo de la mujer apunta a un cambio estructural de la manera de pensar y actuar del hombre, posibilitando una verdadera resolución y un cambio sostenible; únicos elementos fiables que transformarán fehacientemente la conducción del mundo.



## Capítulo 31

# Consistencia de principios

La mujer no se satisface ni baja la guardia con triunfos pírricos; apunta a la globalidad del cambio que le lleva una ventaja de más de dos mil años de dominación, factor que no le arredra en su propósito, pues es honesta y consciente en su contemplación de la actualidad que alienta la consecución de un mundo igualitario en el género, estadio imprescindible para evolucionar a la humanidad.

La mujer, por el momento, tiene una cáscara de banana bajo el pie, porque la actitud del hombre es errática e intermitente, cuando se trata de los derechos legales y la igualdad de oportunidades de la mujer; por ello quiere cimentar su presencia igualitaria en la sociedad sólo por su capacidad y no porque es una mujer.

La apertura de un ínfimo y restringido porcentaje de participación de la mujer en los diferentes parlamentos del mundo, que es un dominio exclusivo del hombre, posibilita a la mujer dejar de ser empírica y realizarse en los hechos y, pese a su reducida presencia, ella misma satiriza sus logros, aduciendo que "la mitad de los éxitos obtenidos en la legislación del mundo hay que agradecer a su trasero y no al cerebro... y la mujer puede estar sentada horas y horas".

A la mujer no le espanta su fortaleza hacia la consecución del poder en las diversas instituciones donde actúa; no se equipara al hombre que todo lo puede, ella sufre cuando tiembla y duda en una decisión, pero sabe internamente, pese a las limitaciones que le imponen, que es competente y capaz, mínimamente a la mitad de sus colegas en los diferentes parlamentos.

Eso no es feminismo, sino conocimiento profundo de las actitudes del hombre y la forma caótica que conduce la política y por ello se erigen como la única alternativa válida y lo demuestra constantemente en los espacios donde trabaja, porque es dueña del principio que la mujer no debe postrarse de rodillas cuando algún hombre dice: "esto no pueden las mujeres" y con una admirable robustez de espíritu, que se acomoda perfectamente en la mujer, es capaz de enfrentar el cinismo brutal de muchos hombres poderosos. Por ello la mujer está siempre en una situación próxima y cercana a la realidad de la vida y no quiere diferenciarse de sus rivales por el contenido, sino por un lenguaje diferente, accesible y próximo a la humanidad que haga ver los problemas de cada nación de una forma distinta y solidaria.

## Capítulo 32

# Entumecimiento de la política

El estable aburrimiento de los políticos hace, paulatina y efectivamente, estragos en la imagen del hombre; hecho común que constituye ventaja y desventaja, al mismo tiempo, para la mujer. Eso se explica porque la mujer puede encender nuevamente las sucesivas luces de energía en las instituciones donde ha desaparecido la vivencia y honestidad políticas, además de asignarle un nuevo giro a los canales políticos tradicionales que se encuentran entumecidos por la desidia y el dominio sagrado del hombre.

La mujer quiere sobre todo mejorar, a un grado civilizado, el tratamiento de la cosa pública y eso debe suceder a medida que las relaciones y el comportamiento de los humanos se hagan recíprocamente más solidarios.

Frente a la irrefrenable posesión de poder del hombre, la mujer, en la participación de las decisiones de los parlamentos, hace intervenir sus innatas y características virtudes: competencia, análisis frente a espontaneidad, flema y sensibilidad, fantasía y objetividad, estabilidad y percepción de aprendizaje. Todas, contribuyen a perfilar claramente el potencial de la mujer y, aunque por el momento no se logren resultados de participación que puedan ciertamente visualizar una genuina igualdad, la mujer no lo contempla como un fracaso; sino como una nueva calidad de la intervención de la mujer en la cultura política de los pueblos que, de lejos, hace mucho bien, y nadie puede discutir que el advenimiento del poder de la mujer está próximo. La mentira en la política campea en todo el mundo y el hombre sabe que esa actividad encierra riesgos específicos para la democracia, y, aunque la mentira sea una rutina, el electorado observa con recelo este doble juego. La mujer acepta la realidad que exista

políticos que sepan cuándo y cómo mentir y descubre la diferencia entre un político que hace política y otro que vende política.

Esa política que, en cada cambio de dirección y de partido produce temor en los habitantes por las reformas internas y externas que desarrollan para justificar su arribo al poder, aunque, salvo contadas excepciones en el mundo, son sólo maquillajes que disfrazan la crisis de conducción y originalidad en los hombres. En esas circunstancias conocidas de la política en el mundo, la mujer debe luchar frontalmente y con meritoria decisión para que sus ideas originales no sean asfixiadas desde la célula y no se mantenga la ilusión del hombre de permitir "que la mujer sea solo el perezil en el masculino plato de carne".

El hombre observa esa decisión y empuje como una conspiración o un complot feminista, cuya denominación y percepción está muy lejos de la verdad. Lo que la mujer quiere, desde la introducción de diferentes porcentajes de participación de la mujer en los parlamentos del mundo, es que su presencia no sea simplemente una decoración vacía de poder. Razón fundamental para afirmar que la mujer ha aprendido sobreabundantemente a manejarse con el poder, sin necesidad de despreciar su identidad femenina menos glorificada. Consecuentemente, no cree, en ningún momento, que sea fundamentalmente mejor que el hombre en la política; en todo caso, dispone de mayor sensibilidad y una buena dosis de percepción con la solidaridad.

Todo ello supondría erigir un escenario donde la mujer, frente al cuadro de la feminidad, debería asumir posición de apronte y destinar así las críticas a su actitud como "típicas femeninas". Aquí no se debe perder la perspectiva y aceptar inteligentemente que las mujeres, todas sin excepción, son cortadas de buena madera, y firme como las pipas de sus antecesores.

No se puede imaginar, hoy en día, la proyección política de la humanidad sin la mujer, sin ella en el comienzo de la vida el mundo se hallaría desvalido, en la mitad de ella sin el placer de una provechosa confrontación intelectual y al final, sin consuelo por haber realizado el camino de la administración del mundo sin una formidable interlocutora. Esa situación sería impensable y sólo sirve para la reflexión, pues el eterno de la mujer siempre nos impulsa para arriba.

---

Eso vale mucho. De la mujer se perfila un ser humano casi perfecto y como conjunto es buena y todas sus acciones particulares son buenas también, cualquiera sea la finalidad de ellas. Ese conjunto le permite poseer tres cualidades muy difíciles de reunir en una persona: capacidad de distinguir entre espíritus y caracteres y de situar a cada cual en su puesto. Además, posee otra cualidad de tanto valor como las otras o más: la mujer está siempre animada de la más pura benevolencia, del más noble amor a los hombres y su alma aspira apasionadamente a lo mejor y a hacer dichosa a toda la humanidad entera.

Por tan consistente plataforma espiritual, el gobierno del mundo sería definitivamente diferente al estado actual de interrelacionamiento humano a través de las jerarquías de poder establecidas. El amor de la mujer engendra amor y quien es amado gobierna fácilmente.

Por aquella condición de diferenciar caracteres y espíritus, se sitúa en una posición favorable para todos para decidir pues, de veinte voces que comentaron un caso, la mejor sería la veintiunava, la suya. La mujer está más inclinada a la sinceridad y honestidad en las acciones, porque siempre rechaza lo que es impropio a su dignidad y evita todo servicio sospechoso que se le brinde, anulando así la corrupción y desechando las infaltables recomendaciones de los bribones. La mujer ve todo por sí misma, juzga por sí misma y en todos los casos tiene en su interior la más firme base. Así es la mujer. No hay en su descripción ni un solo rasgo exagerado.



## Capítulo 33

# Simplicidad y éxito

La ventaja de la mujer al introducir su máximo interés y pasión en tratar asuntos pequeños como los de la rutina de la casa, radica en que escoge los temas que los domina, solucionándolos satisfactoriamente y estableciendo pautas de tratamiento adecuado para aquellos que no tiene pleno conocimiento. Mas, cuando emprende una obra amplia, como la de gobernar y decidir, no cabe eso; aquí precisa la mujer expresar todo lo que requiere el conjunto, lo que está relacionado con la dificultad en la solución y expresarlo con la verdad.

Los hombres no pueden perderse en el horizonte peligroso del dominio del poder sin detenerse en la reflexión que todas las épocas decadentes y amenazadas de disolución son el producto de la inercia y la rutina, además del subjetivismo arraigado que todo dura una eternidad cuando se tiene el mando. La época actual, por esos designios de supremacía masculina, está en decadencia y no puede observar el proceso simplemente hasta llegar al borde del abismo. La participación de la mujer, en igualdad de condiciones jurídicas y oportunidades dilucidadas en base a la hoja de vida, puede revertir ese proceso pues la aspiración de la mujer va de dentro al exterior, del alma al mundo, con objetivismo y honestidad, con sentimiento y equidad, con dureza y justicia, comprobando que todas las épocas de decadencia pudieron revertirse si se hubiesen ceñido a las exigencias de estricto análisis interior.

No hay que demostrar excesivo respeto a la historia y a las tradiciones y, cuando el hombre insiste en mostrar su escrupulosa fidelidad a las particularidades históricas que le benefician, resbala en el vacío de la

sustentación, pues los caracteres actuales de un mundo globalizado, exigen utilizar a fondo el valioso aporte de la mujer que es mínimamente confrontado.

El hombre necesita saber qué efecto quiere producir en la conducción del mundo y adecuar a él la potencialidad de sus protagonistas. Por ello es imprescindible conocer a la mujer en fondo y forma y hacerla intervenir sin rescoldo de discriminación en todas las fases decisivas de la cotidianidad de la vida. ¿Para qué iban a servir los hombres si no hicieran otra cosa que repetir la historia de los historiadores? El hombre debe ir más allá y producir, que está en sus manos algo más elevado y mejor. No se puede convertir al mundo en algo mejor con discriminación, porque aquél entenderá, si no lo hiciera, que prevalece el egoísmo y la dominación de un solo género.

La grandeza, en este respecto, está en asignar mayor importancia a la manera cómo el hombre trata esta ineludible incógnita de supervivencia, que cuenta con avasalladora y justa fuerza, que a la verdad del hecho histórico.

La obra de la mujer, a través de los siglos, debe llegar íntegra al conocimiento de la humanidad para dar a conocer cómo ella ha tratado el tema de la vida, del amor, de los sentimientos, los valores y la defensa del hogar. Quien se ocupe de restaurar estas piezas, como se hizo con obras de grandes historiadores, descubriría que no hay trascendencia más monolítica por la unidad en su conjunto, que las acciones de la mujer y no sería una labor ingrata ni inútil, pues arrojaría otra confirmación de la grandeza de la mujer. En esto consiste el desprendimiento y la generosidad. Y, así, debían hacer los jóvenes actuales, y no cuestionarse constantemente si tal asunto ha sido ya tratado, para recorrer los cuatro puntos cardinales en busca de sucesos inauditos, para confirmar la potencialidad de la mujer, y que sólo como tema mundial producen el efecto que liberan. Lo que pasa es que el asunto de la igualdad de derechos y oportunidades de la mujer, hay que tratarlo magistralmente, cosa que exige espíritu y talento, y, eso es lo que falta.

La mujer no la ha tenido fácil al afrontar constantemente a naturalezas contrarias, las mismas que, por su inflexibilidad y dogmatismo, le han conferido, por este modo de confrontación constante el conocimiento de caracteres múltiples y el aplomo necesario para enfrentarlos. La mujer ha convivido y

convive con adversidades gracias a su dominio, logrando que su interior se desarrolle y perfeccione para afrontar cualquier choque.

Lo increíble de esta lucha, intermitente pero constante a lo largo del tiempo, es el espíritu de la mujer y lo que él contribuye a la conservación del cuerpo, pues esta pugna con más sinsabores que gloria, podría corroer la fortaleza de la mujer y resignarse al dominio del hombre, ante una historia desfavorable y una pasividad disimulada a los hechos. La mujer sabe que la energía de voluntad y las fuerzas de su intelecto la sostienen y sus avances y derrotas son heredadas, a manera de posta, con una sublime humildad y objetividad. Así, la mujer trabaja por su objetivo con mayor facilidad cuando el espíritu está alto que cuando está bajo, pero como es muy inteligente, procura a base de grandes esfuerzos, sustraerse de las influencias desfavorables y hasta que entrega la posta a la próxima generación, lo consigue.



## Capítulo 34

# Perfecta ubicuidad de la mujer

Sin embargo, gracias a su perfecta ubicación en el mundo y las tendencias, aún persistentes, que desfavorecen su esfuerzo, no fuerza las cosas y aguarda la buena hora, en lo que nada puede hacer la voluntad. Así, suspende aparentemente su ímpetu en la consecución de reformas legales e igualdad de oportunidades, hasta que en su interior vaya todo adquiriendo la fuerza necesaria y la cimentación de lo logrado, independiente de la gracia para plantearlo.

Los que creen en la mujer, esta acción, que no es estrategia sin fundamento, los deja tranquilos, pues la firme convicción de ese espíritu es de naturaleza indestructible, que continuará latiendo cada vez más fuerte, de generación en generación; la obtención de los derechos legales y oportunidades de la mujer se asemeja al sol, que sólo se pone para nuestros ojos, pero que, en realidad, continúa luciendo incesantemente mientras el mundo da vueltas a su alrededor. Ese proceso, íntimamente, lo visualizan los hombres y, pese a esa agobiante advertencia, persisten, por todos los medios, a justificar su dominio.

El que los hombres prohíban disimuladamente que la mujer goce de sus derechos legales e igualdad de oportunidades, no sólo determina que esa aberrante usurpación envenene el aire de la paz social y la solidaridad, sino que es causa, que se hurguen los más sinuosos argumentos, profanando con ellos la propia estabilidad y evolución del mundo; este proceder que ofende a los mismos hombres, no sólo es virtud del Estado para establecerlo, sino un verdadero crimen de Estado. Además, contra él, están todos cuantos intervienen en el logro de la equidad en el mundo, están contra él los ancianos que lucharon por ese

objetivo pero forman el coro de la desaprobación, lo está el pueblo consiente, que llora de sentimiento por las capacidades y performances de la mujer, y está contra el machista hasta su propia familia. Mas él, no escucha nada, sino que alimenta sus inconsistentes argumentos y logra, transitoriamente, desviar la atención y el tratamiento definitivo del tema y, llegará hasta tal ofuscación, al final, que, su influencia no será sino una sombra.

Se destaca mucho la mujer en este empeño, cuya ancestral negativa le ha hecho ejercitarse en el arte de encontrar todas las razones y apoyaturas que a favor de una causa pueden alegarse. Esta gran habilidad e inteligencia suyas, por el contrario a lo que esperarían sus oponentes, no le lleva a cometer faltas y desatinos, porque el derecho que le asiste la ilumina constantemente, no importa cuán lejos vaya su acción.

Así, como citábamos anteriormente, en la Biblia, el relato de la seducción a Adán, siempre ha parecido una mancha para la mujer y los años nos han demostrado, pese a historiadores excesivamente dogmáticos, que era falso e interpolado por la apertura a la realidad del pecado que su acción desveló. Después la mujer, en el decurso del tiempo, ha aducido las más magnificas razones para justificar su conducta, desarrollando la nobleza de su alma pura. Por lo menos, es el verdadero sentido de la humanidad, además que destruye el ambiente trágico, muy rebuscado y usado como un puro artificio dialéctico.

La mujer tiene una gran capacidad de exposición y un gran conocimiento de la vida para saber qué es lo que tiene que hacer. En el argumento, aunque muchos pretendan desconocerlo, incide un efecto moral y éste siempre emergerá en toda acción de vindicación de la mujer. Y, un espíritu de esa dimensión, haga lo que hiciere, siempre producirá un efecto moral que positivamente va desmoronando la estructura de poder del hombre. Hoy la mujer posee una profunda seriedad en relación a sus antecesoras, y si antes se trataba el tema de la igualdad de derechos y oportunidades con algún descuido y más humanamente, es que probablemente no se conocía bastante la estrategia del hombre para saber que el tono adoptado es el más adecuado para sus contemporáneas.

Esa casi perfección moral que elabora la mujer en sus históricas pugnas, difiere significativamente a la actitud de doble moral en la cual se escudan los hombres y muchas mujeres que se oponen a la igualdad de derechos y oportunidades de la mujer. De esa indestructible moral viene la verdad del conjunto de acciones y actitudes que emprende la mujer, que hace ver y creer en la autenticidad de su lucha y del valor para coger la pluma y la acción, luego de haber reconocido seriamente la existencia en su alma de esas aspiraciones irrenunciables; inasequibles e incomprensibles, por el momento, por la postura de preservación del dominio de los hombres.

La mujer hallará una salida, porque ha tenido que reflexionar cuidadosamente y observar el entorno y seguirá su camino con valor ágil y fresco y, como es creativa y no ingenua, como de ensueño, hará prosperar lo verdaderamente grande sin reprimirse por las fases críticas que periódicamente aparecen en diversos lugares del mundo, que son naturalmente fomentadas por el público adverso; apariciones que no son nada sanas al proyecto y no espera ni contempla para apartarse de esto y aislarse de su influencia para no estar perdida.

Existe alguna prensa y articulistas, con su mala tendencia, predominantemente crítica y negativa, que propagan, es cierto, una cultura del machismo entre las masas, que, para la mujer, pese a que sabe que es fuerza ponzoñosa que corrompe la opinión sin criterio formado, no influyen decisivamente en su talento creador y no tienen eco en la honda, raíz de la mujer y sus más escondidas fibras.

Y, además, cuenta con la vida misma ¡cómo la ha domesticado y debilitado en este último par de siglos en el empeño del hombre! La mujer, con la fuerza necesaria, se muestra sincera y tal cual es porque ha concluido que el origen de esa fuerza se ve reducido a buscarla en sí misma —afuera, con las sociedades y sus detractores no halla nada que pueda servirle—.

Cuando la naturaleza de la mujer se manifestaba libremente en sus ideas, sugerencias y acciones, sin zaherir el dominio del hombre, ni su época, entonces no le ponían trabas, las gentes dejaban a la mujer que hiciera lo que tuviese a bien. Pero si la mujer hubiese tenido que objetar la prevalencia del hombre en las decisiones de la época, seguramente se hubiese acomodado a una forma más severa. Mas esto no es de lamentar, pues lo que la mujer ha podido perder en

influencia, dominio y ejercicio de puestos de decisión, lo ha ganado como figura moral que en sus acciones aprendió a conocer el corazón humano.

Pero hay que ver la vida del hombre y el interrogatorio que imprime a los derechos de la mujer, introduciendo toda suerte de motivos que retrasan la consolidación definitiva de la igualdad de la mujer y mantienen en tensión al mundo y la parte faltante de la humanidad no tiene el valor de apoyarla.

¿El atrevimiento, la osadía y la grandiosidad de la mujer no pueden ser acciones más ejemplificadoras para la humanidad? Ese ejemplo educa, con tal que se tome conciencia de ello y buscar lo que educa es lo decisivamente moral.

El hombre comprende mal, como el resto que lo secundan, el fundamento de la propuesta legítima de la mujer. El fundamento es la verdad y la no existencia de diferencias intelectuales entre los dos géneros y cualquier acción que asuma la mujer se justifica cuando sirve para conseguir el objetivo y destronar esta injusticia que se le infringe, paradójicamente, al ser más importante de la creación.

## Capítulo 35

# Expectativas ciertas

Las expectativas de la mujer no vulneran las unidades que establecen el equilibrio, todo lo contrario, tratan de reconducirlo y establecerlo definitivamente como único derrotero para conseguir la evolución y el progreso del mundo, con una mejor conducción de aquél, tarea de obligatoriedad intrínseca para toda la humanidad.

¡Ojalá el hombre supiese limitarse en lo moral y obedecer a su espiritualidad y no al barniz de un dominio sin fundamento sustentado sólo por el machismo y las sociedades decrépitas en su evolución!

No hacerlo será la causa de su ilegalidad, y puede decirse perfectamente de su embelesamiento en el poder y cuyo desenfreno posibilitará la ruina de su reino. El hombre se ha permitido todo a sí mismo, no aprobando nada de la mujer que pueda disminuir su dominio y que puede levantar en contra suya a todo el mundo.

El haber persistido, a través de los siglos, en la vigencia de su dominio, ahogando sus propias tendencias de justicia y equidad, ha sido la causa de la pérdida de un hombre excelente, además, del freno de su tendencia revolucionaria y de la agitación de su ánimo, impidieron, sólo parcialmente que el talento de la mujer cuajara plenamente. Y, por otro ángulo, su tradicional oposición disimulada a la igualdad de la mujer y su constante tendencia a enervar el movimiento daña el efecto de sus mejores obras. Lo que importa aquí no es perturbar sistemáticamente los avances de la mujer, sino edificar algo, como las mismas oportunidades a la mujer, que haga sentir a los hombres un goce puro.

No hay motivo para el pesimismo. En las organizaciones de mujeres, en el sindicalismo, en las agrupaciones políticas y, sobre todo, en las diversas profesiones, las mujeres han crecido no solo en número sino en calidad demostrada en su trabajo. Todo ello, independiente del crecimiento que transforma la integración y da un remezón a la sociedad patriarcal, introduciendo como elemento nuevo, la integración del movimiento femenino con la lucha por un desarrollo social y económico que comprenda la igualdad de la mujer en las decisiones y desarrollo de las oportunidades.

De esta forma se desterrará la insidiosa percepción que, el trabajo del hombre es profesión y el de la mujer condición, aunque a la mujer, por su grandeza, eso no le parece una situación de rango inferior, pero no deja de ser peyorativo.

El lugar donde la condición humana se define es el hogar y en esa intimidad, donde tradicionalmente la mujer lavaba la ropa y preparaba la comida al marido y enseñaba a los hijos, ahora aprende con ellos las reglas, exigencias, valores y mutaciones del nuevo mundo, por ello la mujer no pierde un ápice de la actualidad del mundo pues transforma su mentalidad y acción, con base, a la par que los hijos aprehenden del texto y del mundo exterior. De esa forma inteligente se puede superar el patriarcado que reside en la base de la sociedad y que no es garantía para la propia preservación de la especie humana. La naturaleza femenina es una fuerza de preservación y renovación de vida en este planeta.

La polémica sobre la condición de la mujer es antigua, lo que sucede ahora, es que la mujer ha tomado conciencia, que crece día a día, porque no busca una comprensión a su condición, que intelectualmente es la misma del hombre, salvo diferencias de sexo y de función. La mujer recupera sus derechos e igualdad de oportunidades, que una política social impregnada e influenciada por el patriarcado, trata de postergar sistemáticamente, aunque no niega su avance.

Esa inquietud de la mujer, que no es desesperada, le impulsa en su consecución, y no hay para ella roca demasiado aguda ni sendero estrecho. La ingratitud de la humanidad por su obra la acecha y la empuja irremediamente en brazos del sufrimiento. Éste, que es doloroso, mantiene su impulso consiente

---

y de su movimiento, que le conduce violentamente en su quehacer, aquí como allí, se vislumbra que descansa intranquilo e incesante, herido y magullado en su alma y cuerpo, pero no para... madura y madura.

Sólo una sólida naturaleza, a la cual embisten a placer, se purifica y afirma en el tiempo, adquiriendo en su propósito irrenunciable, una visión equilibrada de las cosas y sus tendencias, en general, no son personales, son de género, no son egoístas, son de expansión intelectual, son productivas para el bienestar general y el mejoramiento en la conducción del mundo.

La mujer cuenta con el favor del pueblo en sus entrañas y espiritualidad, el pueblo ama a la mujer porque siente, aunque todavía está parcialmente maniatado por estructuras anacrónicas de la sociedad, que es el ser más espiritual, equilibrado y productivo de la humanidad. Todo ese equilibrio puede erigirse en una salvaje e inagotable fortaleza cuando las mujeres son discriminadas políticamente y segregadas de las oportunidades laborales. La mujer ha aprendido a manejarse muy adecuada y sobriamente con el poder, exactamente como los hombres, sin necesidad de despreciar su identidad. Ha aprendido sabiamente a amasar temores, sobre todo cuando alguien que comparte los mismos ideales, que trasuntan derechos e igualdad de oportunidades, amenaza con desmarcarse. Para evitar esto, se siente corresponsable cuando los fracasos políticos de su generación le son achacados.

Es de significar que el movimiento de las mujeres es de los pocos, sino el único, que llegaron al siglo XXI incólumes y con un brío envidiable, menos, por supuesto, agotando su ciclo. La lucha por el sufragio ya se consiguió, la emancipación de la mujer, los derechos a nivel legislativo y la igualdad de oportunidades laborales, son una asignatura pendiente, que la mujer con apoyaturas legales y de género, negocian, sin los espacios de poder necesarios, que generan nuevas confrontaciones.

La izquierda de los años sesenta y setenta, se infiltró en la corriente feminista de la época, aunque su permanencia duró relativamente poco, pues la confrontación sobre la pureza de los ideales de la mujer fue enturbiada por esa corriente política. La causa fue clara: la mujer puntualizaba certeramente sobre las diferentes y múltiples formas de dominación de las personas y sus específicas

subordinaciones, mientras la izquierda las usaba como trampolín para sus ambiciones de poder.

La mujer propendía, por su inalienable compromiso, a amalgamar las subordinaciones con las transformaciones de la sociedad y de la política, introduciendo sus consistentes argumentos sin miramientos, a la vez que refrendaba con sus acciones, una ostensible desconfianza a las instancias políticas, sobre todo las estatales.

Los movimientos de la mujer, por su tónica social, experimentan una diversificación y su influencia es notoria, pues su presencia a través de los siglos siempre ha estado latente.

Los organismos internacionales se preocuparon en la década de los 80 y 90 a insertar en sus agendas los temas de exclusión y discriminación de la mujer, justamente, por la pujanza de la mujer de globalizar el problema e influenciar en el contenido sin límites de la acción de la mujer en los espacios de poder; ésa es la maravillosa diferencia, cuya impronta deja la mujer en relación con la política: es contenido, no es ambición de poder, es igualdad no es dominación, es equiparar el intelecto de los géneros, no es opresión, es oportunidad no cuoteo, es justicia no ilegalidad, es competencia, no usurpación.

## Capítulo 36

# Estrategia inteligente

La mujer sustenta sus estrategias, por sobre todas las cosas, en la sublimidad de los derechos y la igualdad, que la aparta asépticamente de cualquier pretensión o seducción por el poder, y expresa su fortaleza, no en la ampliación de su contenido, que es único y absoluto, sino en doblegar, por la negociación y el raciocinio los oxidados códigos políticos, que son la base de la sociedad para sustentar, aún, y con fuerza cada vez más famélica, las incontables discriminaciones a las mujeres. Y, la mujer, con significación cristalina, hace andar su movimiento evitando la exacerbación de las corrientes superlativas y dogmáticas, como el feminismo a ultranza, que sectorizan la integridad de su todo.

La grandeza de la mujer es especial debido a que es la misma en todos los momentos. En la adolescencia, en la juventud, en la madurez y en la tercera edad, siempre se mantiene firme y resuelta a hacer lo que debía hacer. Al fin y al cabo, por sus decisiones y consentimientos el mundo ha podido poblarse; si hablamos de un estricto respeto al derecho al consentimiento.

La mujer está constantemente en su elemento de ternura y sentimiento y pisa fuerte cuando se trata de fortaleza. Ahí se advierte un ser excepcional, en las artes del hogar, de la educación, de la guía, la inculcación de valores, el aprendizaje de profesiones como en las confrontaciones de su género. El poder de su voluntad parece penetrar su propia energía y rechaza todo influjo malsano. Aquella iluminación divina, de que nace lo extraordinario, va siempre unida a la mujer, que hace el ser más productivo de la humanidad. Siempre aparece en plena posesión de su elevada personalidad; tiene en la mesa de comedor de

diario la misma grandeza que puede tener en un consejo de ministros o de jefes de estado.

Así se recuerda perfectamente que el hombre, con su conspicua crueldad, quiere, por sus actitudes históricas, leer la sentencia de muerte a la mujer, parafraseando, en relación a sus derechos e igualdades de oportunidades, quiere además que la mujer admita, en el fondo, su incapacidad intelectual y creativa, para solazarse de su dominio. De esta manera, conseguiría el hombre erigir su figura de dominio, con la declaración de inferioridad de la mujer. Pero eso es imposible, porque el adelanto del hombre en la lectura, sabiduría y juicio le niegan esa posibilidad. Además, otro impedimento es que la mujer expresa las cosas grandes de su espíritu, sin consideración ni reparo alguno. No se siente cohibida y ejerce el influjo sobre la humanidad, al no ser esclava intelectual de los objetos y circunstancias que la rodean, pues no quiere parecer grande o pequeña, sino busca que aquéllos no la limiten o le dejen espacio para desenvolverse libremente.

Es lamentable ver que el hombre de tan extraordinaria capacidad se atormenta con inventar argumentos y sistemas que prolonguen su dominación, siendo éstos, a la postre, en lugar de útiles a su propósito, evidencias de su autodestrucción y pérdida de autoestima. El hombre debe liberar completamente ese impulso y comprender que ese ingenuo propósito, no tiene asidero para asentar por más tiempo un nihilismo semejante que le arrastra a un estado de confusión indescriptible. Como si la igualdad de géneros pudiese llegar a una inanición sin una base ingenua con que alimentarse.

La misoginia ha sido el valor sustantivo en las actitudes y tradiciones de quienes temporalmente conducen la batuta del mundo. Salvo, lógicamente, insignes excepciones. Hay que percibir a la mujer, no como la han utilizado por siglos atrás —seducida y seductora, inclinada a la tentación y ser que se incardina en el pecado. Ese es el miedo atávico a la independencia y a la pérdida del poder de las manos del hombre. Funcionalmente, es un miedo protector pues no desvela la convicción que los hombres no disponen de fortaleza suficiente para ser buenos y creyentes en la igualdad de derechos y oportunidades de la mujer; por ello pretenden inventarse la figura de una mujer expiatoria perpetua sobre la cual hacen drenar sus carencias.

Otra arraigada tendencia de la doctrina tradicional y que todo hombre inteligente la rechaza, es preservar la creencia que la mujer está sometida a Dios, pero mediante triangulación y sumisión al hombre. ¡Qué absurda pretensión!... los seres humanos están sometidos a la voluntad y designios de Dios, por igual, sin distinción de género. Y, aunque se combata esta impericia interpretativa, no deja de causar su efecto mórbido, ya que esas prédicas que se manifiestan en actitudes de comportamiento social, han enfervorizado la marginación y la subordinación de las mujeres, asignándole, para sus intereses machistas, un carácter sacramental y con ello han disimulado con un supuesto y retorcido sentimiento divino las relaciones desiguales entre los géneros.

Lo antedicho se desmorona hasta ser polvo, pues el mismo Jesús, en sus relaciones fue un auténtico revolucionario. Sea cual fuere el origen de su historicidad biográfica, los evangelios hablan sin reparos de la relación de Jesús con determinadas mujeres. Lo que significa contundentemente que, Jesús estaba sublimemente liberado de la costumbre que imponía segregación de la mujer y jamás mostró desprecio alguno por ella y la trata con naturalidad y siente afecto personal por ella.

En aquél tiempo, no se puede mencionar una situación jurídica y humana favorable para la mujer, más bien era precaria como consecuencia de estructuras de aquella sociedad. Aun así, Jesús revaloriza la condición de la mujer al prohibir el divorcio, por tanto del marido, al cual sólo le bastaba presentar un acta de repudio. Esa sociedad antifemenina no pudo encontrar, pese a su escarbar meticuloso ninguna apreciación o juicio de valor moralista de Jesús contra la mujer, por el contrario, se evidencian y se narran casos muy concretos en los que Jesús apoya a la mujer frente al varón.

Las mujeres han tenido un relevante protagonismo en la vida de Jesús, pues mientras otros hombres lo niegan, ellas dan la cara en toda circunstancia comprometedor y, no es por nada que Jesús puso a la mujer como símbolo y metáfora de Dios y la amó sin reservas ni tapujos. Indudablemente, la mayor revolución que realizó Jesús, fue en el campo femenino. Por ello, hoy, es importantísimo considerar la inclusión de la mujer en el sacerdocio. Este tema, prudentemente solucionado, aportaría a un nuevo espacio de paz en la humanidad y la certeza que evoluciona. La verdadera fuerza creadora de la mujer siempre radica en lo real y nadie puede igualarse a su prudencia, medida y

objetividad; atributos maravillosos que acarrear producción de obras y aspiraciones, además nadie le supera en conocimiento del mundo, no en la tecnología ni sistemas financieros sofisticados, sino en la vida práctica y de solución inmediata; ejerce la cotidianidad con maestría, lo cual le asigna en su estirpe aplomo y temple.

Todas las acciones de la mujer están penetradas por la idea de la libertad y la igualdad, empero, esta idea no es alocada ni temperamental, sino que se transforma a medida que avanza en su cultura y peso específico de mujer. En su juventud, se preocupa de su libertad física y más tarde, como es característico en sus intervenciones, asume la bandera de la libertad ideal.

La mujer entiende que con la libertad y la igualdad de derechos y oportunidades, cada cual obtiene fácilmente lo que necesita, con la condición moral que sepa conformarse y aspire a más que su talento y formación le limitan. La mujer nunca exige un exceso de libertad pues sabiamente conoce que no se la puede utilizar. De ahí que objetiviza la libertad, no existiendo mayor tiempo que esa libertad le sirva para vivir tranquilamente y ejercer su profesión, independiente de sus labores funcionales en el hogar, que son siempre aleatorias a su libertad y consentimiento. Esto lo podría conseguir todo el mundo siempre y cuando se estableciera la libertad igualitaria de ambos géneros. Y, además, solo se es libre mediante el cumplimiento de ciertas condiciones, que el hombre manipula, por el momento, a su albedrío.

## Capítulo 37

# Esperanza cierta y restauradora

La mujer propugna que el burgués sea tan libre como el supuestamente noble, con tal que se mantenga en los límites que Dios ha puesto a la condición en que ha nacido. No es libre tampoco, no reconociendo nada sobre sí, sino respetando algo que es superior. Respetando y acatando se demuestra que la mujer lleva en sí lo elevado y trata en su quehacer de ser digna de ello. La libertad física que intenta obtener la mujer en su juventud, es consecuencia de su fortaleza de espíritu y fundamentalmente por la opresión generalizada que sufre la mujer en ese período de su vida, ora por el atávico prejuicio de los padres, ora por la influencia de actitudes machistas.

Por estas acciones persisten las desigualdades de género a nivel mundial. Mientras la mujer se esmera en su educación, esta elevación de su intelecto tampoco sirve para garantizar una igualdad de derechos y oportunidades, aún en los países desarrollados.

Es una contradicción pues mientras se incrementa el número de mujeres económicamente activas, su presencia en los puestos dirigentes apenas rebasa un 18%, a nivel mundial. En los países desarrollados el porcentaje de mujeres con actividad remunerada es inferior en más de un tercio al de los hombres y las desigualdades por género son manifiestas en la condición laboral y en la propia calidad de los empleos. Lo mismo sucede en los trabajos a tiempo parcial, los cuales son asumidos en un 85% por las mujeres frente a empleos seguros y ostensiblemente mejor pagados que disfrutaban los hombres.

Y, aunque se han incrementado el número de plazas de trabajo, antes reservadas para los hombres, éstas no exceden ni el 20% en los trabajos de

dirección. Así, en las compañías más importantes del mundo, la participación de las mujeres solo refleja un exiguo 2% en los cargos más altos.

Esas "barreras invisibles" que impiden a las mujeres a llegar a los puestos más altos están veladamente accionadas por la idiosincrasia del hombre, su temor a competir de igual a igual con la mujer, sumado el apoyo de la sociedad que, con una actitud atávica protege la tendencia machista.

Por otro lado, esbozan una ridícula disculpa, atribuyendo a las responsabilidades familiares de la mujer, como una barrera para superar ciertos niveles laborales. Toda esta seguidilla de cortapisas es algo traumático, bajo cuyo tenebroso entorno, la mujer continúa apoyando una mayor presencia femenina en los espacios de decisión, con la visión clara de compromiso de no olvidar a las otras mujeres cuando ejerzan el poder.

Eso no quiere decir que deban perder la perspectiva de la sociedad en su conjunto, pero sin declinar en su solidaridad con este género disminuido, pues lo que se busca es la igualdad de derechos y oportunidades, a través de una mayor participación de la mujer sin complejos y portadora genuina de una fuerza de cambio.

No debe permitirse la convivencia con la desmotivación que es consecuencia de la pérdida de solidaridad. La fuerza de la búsqueda de la igualdad de derechos de la mujer reside en su carácter voluntario, porque se cree en algo y la mujer está dispuesta a trabajar hasta lograrlo; bajo un innegable espectro político, pero sin ser partidaria, porque se busca cambiar la mentalidad y no conformarse con el actual estado de las cosas. Aquí uno puede preguntarse ¿cuál es la verdadera función en una sociedad? ¿Defender los dogmas de la sociedad o estimular su perfeccionamiento? ¿Consolidar definitivamente y con una mentalidad imperturbable, las instituciones que le dieron forma a las civilizaciones, como el estado y la iglesia o exponerlas a un cambio? ¿En realidad, la tiranía política que se manifiesta contra la mujer, promueve o reprime los valores de la igualdad de derechos?, ¿qué sucede cuando se silencian a los extremistas que viven en cada ser humano? y ¿qué sucede cuando los dejamos expresarse?

Todas estas interrogantes se responden con la necesidad de un cambio. Cambio de la forma de pensar y actuar del hombre, que pretende alargar definitivamente su dominio, cuando esa posición, quizá motivada por temor a relanzar sus propias facultades o por la calcárea herencia de dominación, concurre en el estancamiento de su espíritu y la oposición al surgimiento de una sociedad igualitaria en derechos y oportunidades para ambos géneros.

Cambio en la sociedad que debe desembarazarse de su anacrónica costumbre de observar al hombre como fuente de dominación y, peor aún, seguir influyendo para que las generaciones sobrevivientes hereden ese estamento de poder, sólo por ser hombres, no por competitividad ni capacidad. Cambio en la iglesia, para que, como se decía líneas atrás, se permita progresivamente una mayor participación, hasta llegar a la plenitud, del ejercicio del sacerdocio y la profusión y administración de los sacramentos. Cambio en la tiranía política que es reticente a cualquier cambio que no sea instrumentado por hombres, preservando de esta forma su exclusiva intervención en la mayoría de decisiones del mundo. Cambio en las legislaciones que, a título de cuoteo, entienden que pueden amainar la fuerza de la necesidad de igualdad de derechos y oportunidades de la mujer. Cambio en la previsión de la preservación de la paz y el orden social, para que no despierten de su letargo de contención, los extremistas que residen en todo ser humano y pueden acelerar una eclosión de exigencias, en otro tono y actitud, ante la injusticia hacia la mujer; lo mismo sucedería cuando se dejan expresar los derechos y oportunidades de la mujer y se atienden diligentemente, pero con diferente carga de tensión.

La mujer ha esperado mucho para obtener el resultado del contenido de su vida y, lo hizo tan bien que no se dejó arrastrar, cuando se es joven, por el ímpetu de la impaciencia e intolerancia, creyendo que todo tiene que hacerse en un día. Ha adelantado su objetivo hasta el punto en el cual la solución es inminente, porque la persecución de los efectos de su lucha emerge de todo estudio profundo y de toda evolución gradual del talento de la humanidad. Mas éste es el mayor daño que pudiera sufrir el talento si es que no se aviene a la igualdad, de derechos y oportunidades de la mujer y será el mundo quien saque provecho de esta nueva dirección. Ya que las exageraciones en la preservación del dominio del hombre y las degeneraciones dogmáticas de la sociedad, desaparecerán gradualmente, y al cabo la humanidad habrá obtenido la ventaja de que, junto

con una forma más libre y justa de competitividad entre géneros, dispondrá de un contenido más rico que justifique sus cualidades intelectivas y de preservación de la especie.

El justo objetivo de la mujer, si se observa bien, pertenece a la evolución general de la cultura a la equidad del mundo y, todo aquél que, nacido con una tendencia natural libre, amor al prójimo y a la solidaridad y mentalidad evolucionada a la competitividad e igualdad de los géneros, le es difícil acomodar en su espíritu estas formas estrechas de un mundo anticuado.

La consecuencia es que dichas actividades contenidas, deseos insatisfechos, obstaculizadas por el hombre y la sociedad, no son máculas de ninguna época determinada, sino de todo individuo en particular que se engrana pasivamente a contemplar ese estado que limita la igualdad de derechos y oportunidades a la mujer. Lo que hay que hacer es motivar que esa vida interior se manifieste. Este hecho en la vida de los humanos no vale por ser verdadero, sino por encerrar una profunda significación.

Son, por otro lado risibles los esfuerzos de los hombres que se atormentan a traer a concepto válido, por medio de abstracciones, esa cualidad inefable de ellos, para justificar su dominación y la usurpación del legítimo espacio de la mujer. Lo verdadero en la igualdad de derechos y oportunidades de la mujer es un fenómeno originario, que nunca se manifiesta por sí mismo, pero cuyo resplandor brilla en miles de manifestaciones del espíritu justo y creador, y que es tan consistente y variado como la misma naturaleza.

El hombre es un ser simple. Y por vario y profundo que pueda ser, pronto habrá recorrido todo el círculo de sus estados y tendrá que acceder, mejor por iniciativa propia que por imposición social, al estado de la mujer como protagonista del mundo.

Las alusiones que se hacen sobre la mujer, siempre disimuladas, acerca de su incompetencia para asumir puestos de dirección, han tenido, sin duda alguna, la intención abierta de separar y distraer el asunto concreto que es la igualdad de derechos y oportunidades, asignándoles normalmente un carácter de sentir común y, si el mundo ha llegado a ser lo que es, es por designio del hombre, por

---

lo tanto no se puede analizar lo conseguido con la irrupción de la mujer a un mando igualitario. No le faltará al lector estructurales puntos de referencia que destronarán la afirmación y, sabrán con certeza, gracias a esa fallida estrategia de qué realmente se trata.

El talento de la mujer no ha nacido para abandonarse a sí mismo, es combativo y recurrente y aprende de la dialéctica frente a sus enemigos como el arte que se hereda de un buen maestro. La mujer no se aviene con el diletantismo porque tiene pensamientos propios y de los ajenos coge los mejores y sobre todo sabe qué hacer con ellos ¿no es admirable esto?

Agréguese a esto que los hombres, sin darse cuenta de ello, se encuentran ocupados en una producción de argumentos que interiorizaría a la mujer, banales todos y de mera apariencia para la subsistencia de su dominio. La mujer no teme que lo particular de su lucha por el género no encuentre el debido eco en los demás pues comprende y, muy bien, que todo objetivo por difícil que sea, todo lo que es susceptible a evolución y cambio, encierra generalidad, pues todo se repite y nada hay en el mundo que sea único e inmutable.

Claro está que para sentir y hacer suya esta lucha y honrar la gran personalidad y talento de la mujer es preciso que uno mismo posea sensibilidad y solidaridad. Todos los que niegan la sublimidad de la mujer son pobres diablos incapaces de elevarse a su altura, o desvergonzados que, a fuerza de osadía, quieren aparentar más de lo que son a los ojos de un mundo débil; flaqueza que se ocupan de mantener inamovibles las diferentes sociedades arcanas. Hay que ser algo para hacer algo y la mujer cuenta con la base más honda de lo que se cree. Y quien quiera, como la mujer, hacer algo grande tiene que elevarse a un nivel tal que sea capaz de situar la naturaleza real inferior a la altura de su espíritu y convertir en realidad, lo que en la naturaleza interna de muchos hombres y mujeres, que se oponen a la igualdad de derechos y oportunidades, por debilidad o impedimentos exteriores, se queda en mera intención.

El mundo es tan grande y tan rico, y la vida tan variada, que no faltan asuntos tan importantes, como la igualdad de la mujer, que hay que arremeter. Un caso general se hace general y sensible a la población mundial cuando se trata del ser más importante de la creación. Lo mismo que la libertad es patrimonio

común de la humanidad y dondequiera y en todas las épocas, se manifiesta en cientos de miles de personas, la igualdad de la mujer tiene el mismo significado y valor para la paz del mundo y evitar ingresar a una época decadente y amenazada con disolverse; hecho que objetivamente no sucederá mientras haya evolución y progreso en la conducción paritaria del mundo. La aspiración de la mujer por ser extremadamente fuerte y justa, va de dentro para afuera, de su alma al mundo, como se puede comprobar en todas las épocas que siempre marcharon hacia delante; todas esas acciones han sido objetivas.

Lo importante es, hoy en día, que la distancia entre la igualdad formal y la real de la mujer, sea mínima, porque tras las conquistas en varios ámbitos a lo largo del siglo pasado, el siglo XXI encuentra a la mujer sin que haya desaparecido la ansiada reivindicación de la igualdad. Este concepto de la igualdad y oportunidad para las mujeres debe avanzar constantemente ya que su circunscripción, ahora, es de carácter internacional y no se remiten a determinados países. El problema básico es la lentitud en los cambios y por otra parte también se experimentan retrocesos, afirmando que tener la posibilidad de elegir y desarrollarse en ámbitos profesionales es una complementación a la igualdad.

Dentro de la mirada global, aún pervive el sentimiento oculto que la mujer siempre tiene un plus de riesgo: hay sospechas sobre su capacidad; esgrimiendo frente a esos impedimentos elaborados por el hombre, su perfeccionada e inagotable competencia.

Aún existe una parte de la gente que observa que no hay diferencia en cuanto al sexo, pero hay otra visión, que es, con componentes específicos, porque se es mujer. De lo que se trata y, ya la mujer lo ha conseguido, es hacer ese trabajo de conciliación entre la vida profesional y el seno de las familias, que hoy en día, afortunadamente, han cambiado mucho gracias a la acción de la mujer, destronando la atávica educación de la mujer que era muy tradicional, muy del papel de la mujer subordinada, el papel de la paciencia.

Pero dentro de esa imagen errónea destaca la figura combativa de la mujer, un secreto muy bien guardado en las diferentes vicisitudes de la vida; la diferencia con el hombre es que en ella se radica profundamente. Toda expresión de rebeldía radica en la naturaleza humana de buscar la libertad y el desarrollo

---

de sus potencialidades intelectuales, aquí, la mujer, se distancia del hombre, ya que no sólo piensa sino actúa íntegramente comprometiendo todo su cuerpo y la fuerza de su espíritu, que está más allá de la memoria, su genuina explosión en la vehemencia creativa conduce a una eclosión que es recurrente cada vez que la mujer se propone algo, referenciado a la preservación de la vida, como creadora de la misma y la equiparación de los derechos e igualdad de sus oportunidades; por eso es improbable que la mujer no logre sus objetivos porque se encamina a ellos y los enfrenta como si fuese eterna o inmortal. La mujer aprende más de la turbulencia y su pensamiento receptivo a multiplicidad de singularidades encumbra su característica de convertir la fuerza pasional en política.

Ahí tiene el hombre el máximo esclarecimiento de la virtud de la mujer en la consistencia de sus postulados y el hombre la oportunidad de realizarlos en directa tensión a lo que le dicta su conciencia y la presión de la sociedad en que vive, sumada a su humana vanidad y ansia de perpetuar su dominio. Lo que sucede es que el hombre, no por mucho tiempo más, puede continuar respondiéndole a su conciencia que "se ríe de sus órdenes", sobreentendiendo que esa actitud producirá que no haya predominio del hombre por la razón, sino por la imposición.

Aquí, se debe reflexionar, como lo hacen los físicos, sobre la aproximación del hombre a la ciencia; cuando se aproximan un poco a la ciencia creen menos en Dios, pues su terrenal soberbia e inesperada fama de la humanidad, produce en él un ineluctable endiosamiento, mientras que cuando el hombre se aproxima mucho a la ciencia lo reconduce profundamente a Dios. La mujer sabe de ese proceso por lo cual vaticina correctamente el resultado, del cual emerge su fortaleza y no busca simplemente un epitafio en su tumba que diga, más o menos: "Ahí yace la mujer que luchó por la igualdad de derechos y oportunidades del género femenino", sino por el contrario, se atribuye una máxima latina muy contundente: "Vita mutatur, no tollitur", que significa que la vida cambia, se transforma y accede, por la lucha justa de principios a un equilibrio de los géneros, pero nadie tiene el derecho de tomarla como suya, para explotarla.

El que se aproxima poco a la ciencia, se auto convence, normalmente, que la ciencia refuta a la religión y a los principios de igualdad; sin embargo quien se acerca más a la ciencia y sabe mucho, ve que cada paso adelante es una

confrontación a la concepción que corresponde a la religión y a los valores de igualdad y solidaridad que confirma su existencia; por ello, la mujer no lucha obstinadamente por la igualdad de derechos y oportunidades, ella la percibe sobreentendida.

Esta obra se terminó de imprimir  
el día 15 de abril de 2016  
en los talleres de SAGACOM  
La Paz - Bolivia